

Amor juvenil. moral sexual y nuevas tecnologías en el cortejo

agostinaRUGGERO
directora. dra inésPÉREZ

departamento de SOCIOLOGÍA

facultad de HUMANIDADES. UNMDP 2014

Índice

Agradecimientos.....	3
Introducción.....	4
Capítulo 1: Amores modernos. Un recorrido bibliográfico.....	9
Capítulo 2: Metodología.....	23
Capítulo 3: “Putas” y “maricones”. Estereotipos y condicionantes en el cortejo.....	29
Capítulo 4: Bailes, redes sociales y homogamia social. Espacios de sociabilidad y cortejo...	37
Capítulo 5: Amores y noviazgos. Culminación del cortejo y formalización de la relación.....	48
Consideraciones finales.....	55
Bibliografía.....	58

Agradecimientos

En el año 2012, finalizando el cuarto año de la Licenciatura en Sociología, comencé a interesarme en lo que más tarde sería el tema de investigación de esta tesis: el amor y el cortejo. Inés Pérez aceptó dirigir este trabajo y es por ello que comienzo agradeciéndole. Fue un gran desafío y placer para mí haber trabajado a su lado.

Desde mis primeros acercamientos al objeto de estudio de este trabajo hasta la defensa, mi tema predominante de conversación fue mi tesis, y por eso mi agradecimiento a todas mis amigos (Mili, Flor, Vicky, Coni, Felipe, Guido) que me ayudaron en este proceso. Un especial agradecimiento a Juli, que realizó el diseño de la portada. También quiero agradecerles a mis compañeros de la Licenciatura que estuvieron siempre alentándome y acompañándome a cada paso. Gracias a Ivi, Noe, Pili, Bru, Euge, Lu y Gabi.

Agradezco también a mi familia que me apoyó a lo largo de toda la carrera. Gracias a mis cuatro hermanos (Sebastián, Romina, Vanina y Mariano), a mis papás Graciela y a Rubén y, especialmente, a mis siete sobrinos.

Por último, debo agradecer a la Universidad Nacional de Mar del Plata que me brindó la posibilidad de formarme como profesional.

Introducción

“La fiesta explotaba. La música del quincho llegaba afuera e invitaba a entrar, pero el chico de la puerta tenía orden de no dejar pasar a nadie más. Un grupito de amigas, que no superaban los 16 años, se impacientaba en la cola. De pronto, una de ellas se aproximó y le dijo algo al oído. Lo convenció: todas adentro. Un rato después, y con unas cervezas encima, esa misma adolescente se arrodillaba y le practicaba sexo oral al de la puerta, en un rincón no demasiado apartado. Deuda saldada. Ocurrió hace un par de meses, en una fiesta de menores de 17 años de un club de rugby de San Isidro.”

La Nación, 2 de diciembre de 2007

“Chicos conectados y distraídos, los más vulnerable a los “ataques”. Casos en que vía Facebook y cuentas de correo los convirtieron en víctimas sexuales (...). Caso 2: Un hombre, que trabaja de taxista, se contacta vía Facebook desde Buenos Aires con una chica de 14 años en la provincia de Córdoba. El interlocutor oculta su identidad, no dice quién es. Inicia una relación de captación, en la que la chica le revela, vía chat, su mala relación con los padres. Busca una contención emocional. La relación por la red dura varios meses. Hasta que él decide pagarle un pasaje a Buenos Aires para que vaya a visitarlo y ella lo retira de la empresa de ómnibus, en la estación terminal. Sin que lo sepa, cuando aborda el micro, hay dos pasajeros que la vigilan durante el viaje.”

Clarín, 14 de abril de 2013

En la Argentina contemporánea, la sexualidad adolescente está rodeada de distintos prejuicios y pánicos morales: es vista como algo transgresor y peligroso (Jones, 2010: 15). El embarazo adolescente, así como el contagio de enfermedades de transmisión sexual entre los jóvenes, han marcado la agenda social en torno de estos temas, y también, la agenda académica (Pantelides y Manzelli, 2003; Gogna, 2005). Esto ha implicado que los estudios se han centrado en ciertas prácticas sexuales, descuidando otras. Ha implicado, además, el relegamiento del estudio de las relaciones que enmarcan y otorgan sentido a dichas prácticas, “–como el noviazgo–, los diálogos y silencios con los padres y los pares, los chismes que circulan y las agresiones entre adolescentes” (Jones, 2010: 16).

Recientemente, la masiva difusión de las redes sociales también ha marcado la emergencia de nuevos prejuicios respecto de las transformaciones en las formas en que los adolescentes se relacionan. Distintas imágenes -que van desde el progresivo aislamiento de los jóvenes, a los abusos de adultos que se valen del anonimato para contactar menores de edad con fines sexuales- conjuran los peligros que podrían desprenderse de la presencia de las nuevas tecnologías en la vida cotidiana. También aquí, las imágenes apocalípticas construidas desde los medios de comunicación debieran ser contrapesadas. Como en épocas pasadas ocurría con tecnologías como el televisor (Spigel, 2008), en la actualidad, las nuevas tecnologías despiertan temores que se intensifican cuando se piensa en sus “víctimas”: en términos del artículo de *Clarín* citado arriba, los “chicos conectados y distraídos”.

Sin embargo, los adolescentes suelen ser avezados usuarios de las nuevas tecnologías y las redes sociales, atentos y atentas a las posibilidades que ellas brindan. Por otro lado, su sola presencia no necesariamente implica una transformación radical de las prácticas. Como han mostrado distintos estudios, los usos de las nuevas tecnologías se inscriben en tradiciones culturales y relaciones sociales previas (Williams, 1974) y, en este sentido, no implican necesariamente rupturas abruptas en las prácticas previas.

Inspirada en estas imágenes, esta tesis busca dar cuenta de las formas en que los jóvenes establecen sus primeras relaciones amorosas en la actualidad. ¿En qué medida las prácticas del cortejo adolescente han cambiado en los últimos años? ¿En qué sentido los jóvenes en la actualidad son más “desinhibidos” que los de antaño? ¿Qué elementos condicionan sus prácticas? ¿Cómo definen el amor los jóvenes y qué normas regulan su sexualidad? ¿En qué medida la incorporación masiva de las nuevas tecnologías supuso

transformaciones en las relaciones de cortejo? Más que en las prácticas sexuales estrictamente hablando, esta tesis se centra en los discursos sobre el amor y la sexualidad que las enmarcan.

Ahora bien, el análisis que propongo, centrado en el discurso, presenta algunas limitaciones. Las prácticas sólo aparecen enmarcadas en discursos contruidos frente a un interlocutor. En este caso, las prácticas descritas en las entrevistas contrastan con las observadas entre los mismos informantes en las redes sociales y otros espacios de observación. Si en las entrevistas los jóvenes establecen pautas estrictas para el cortejo, con una visible continuidad con las observadas en décadas previas, la observación de las interacciones de los mismos sujetos permite dar cuenta de otras pautas que rigen sus relaciones amoroso-sexuales. Aunque esas observaciones han sido limitadas, resultan suficientes para establecer las diferencias que existen entre lo que los sujetos declaran que hacen y lo que efectivamente hacen.

Si la tensión entre discursos y prácticas es un elemento recurrente en el análisis de entrevistas, éste es más marcado cuando el tópico abordado remite a la intimidad. Los discursos contruidos en las entrevistas por los jóvenes dan cuenta de lo que los informantes entienden como “lo correcto”, lo que pueden decir sin ser juzgados por un adulto. En este sentido, lo dicho en las entrevistas tiene un efecto performativo, en tanto legitima las propias prácticas, posicionando al informante “a salvo” del juicio de su interlocutor(a).

A pesar de estas limitaciones, el análisis de dichos discursos permite reconstruir las normas del amor, y en particular, del cortejo. El amor puede ser considerado como una acción social, que se experimenta de manera personal, aunque se vive socialmente; es decir, es una experiencia condicionada por pautas y preceptos, contruidos y aceptados socioculturalmente. De esta manera el amor remite al imaginario social creado y transformado continuamente. Como ha señalado Niklas Luhmann (2000: 21), lo amoroso es “un código de comunicación de acuerdo con cuyas reglas se expresan, se forman o se simulan determinados sentimientos”. Los discursos sobre el amor y la sexualidad pueden, en este sentido, pensarse como acciones simbólicas que contribuyen a la construcción de las normas morales que delimitan lo que está “bien” o “mal” en relación a las emociones y a las formas de expresarlas.

Ahora bien, las normas del amor son distintas para diferentes sectores sociales, definidos en relación a diferentes clivajes, como los de clase, género, etnicidad, edad, etc. Si bien algunas nociones comunes circulan entre distintos sectores, sus

apropiaciones son diversas. En este sentido, en esta tesis busco analizar los discursos contruidos por mujeres y varones jóvenes, heterosexuales y de sectores medios. Me interesa observar las jerarquías sexuales (Rubin, 1986) que atraviesan sus relaciones amorosas y de cortejo, es decir, los modos en que los sujetos y sus prácticas son evaluados y jerarquizados en ese marco. Asimismo, analizo la moral sexual que subyace a dichos discursos, preguntándome por las desigualdades de género y la actualidad de la doble moral sexual para varones y mujeres (Barrancos, 2001; Cosse, 2010).

La investigación se llevó a cabo en jóvenes de entre 14 y 18 años. Siguiendo lo planteado por Mario Margulis (2000: 4), entiendo que ser joven no sólo implica una edad biológica sino también una dimensión cultural que surge de “ser socializado con códigos diferentes, de incorporar nuevos modos de percibir y de apreciar, de ser competente en nuevos hábitos y destrezas, elementos que distancian a los recién llegados del mundo de las generaciones más antiguas”. En este sentido, centré mi análisis en un grupo específico de jóvenes, en términos del lugar de residencia y de pertenencia social: jóvenes de sectores medios urbanos.

En la Argentina, los estudios sobre el amor y la sexualidad adolescentes se han centrado en los sectores populares de la ciudad de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires (Pantelides y Manzelli, 2003). Este trabajo busca contribuir al conocimiento de otros espacios y otros sectores sociales que han recibido una atención menor (Jones, 2010). Para esta investigación trabajé con jóvenes de sectores medios -definidos en torno del barrio de residencia, la profesión de los padres, el colegio que asisten- residentes en la ciudad de Mar del Plata, una ciudad de tamaño intermedio. Mar del Plata fue elegida por razones de economía de investigación: es una “excusa” (Levi, 1985) a partir de la que abordar un problema, más que un objeto de análisis en sí mismo. Si bien el trabajo es cualitativo y sus resultados no se pueden generalizar, las conclusiones a las que arribé podrían extrapolarse a jóvenes de sectores medios de otras ciudades de tamaño intermedio del país.

Este trabajo parte del supuesto de que entre los jóvenes existen distintas nociones de amor estructuradas en torno a distintos horizontes temporales (la vida adulta, la vida adolescente). Sostendré que si bien en ambos horizontes las variables definitorias del

amor son las mismas (duración, fidelidad), la forma en que se evalúan en uno y otro caso son diferentes. Estos elementos operan a la hora de diferenciar entre relaciones “en serio” y relaciones pasajeras, así como para calificar y jerarquizar potenciales parejas. Por otro lado, señalaré diferencias en las experiencias de cortejo de varones y mujeres, que implican una moralidad más estricta para ellas. Sin embargo, los ámbitos en los que se desarrolla el cortejo modifican los márgenes de acción permitidos, en especial para las mujeres jóvenes. En este sentido, mostraré que las nuevas tecnologías son incorporadas a la vida cotidiana en el marco de moralidades sexuales preexistentes, que también habilitan algunas prácticas novedosas.

La tesis está formada por cinco capítulos. En primer lugar, establezco un recorrido por la bibliografía sobre el amor en la Modernidad y Posmodernidad, reconstruyendo los debates al respecto, y poniendo especial énfasis en las transformaciones recientes. En un segundo capítulo, explico el enfoque metodológico, las técnicas de recolección de datos y las herramientas de análisis utilizadas en esta investigación. El capítulo siguiente está centrado en el análisis de los estereotipos y condicionantes presentes en el cortejo. En particular, muestro el modo en que las figuras de la “puta” y “maricón” operan como horizontes reguladores de las prácticas de los jóvenes. En el cuarto capítulo, indago los espacios de sociabilidad en donde lleva a cabo el cortejo y las reglas que actúan en cada uno. En este sentido, observo tanto diferencias entre distintos espacios de sociabilidad “cara a cara”, como las interacciones en el mundo virtual. En el quinto y último capítulo, estudio la culminación del cortejo, tanto sea en la formalización de una relación amorosa como en su ruptura. Allí también exploro las nociones de amor presentes en el discurso de los jóvenes.

Capítulo 1

Amores modernos

Marco teórico y recorrido bibliográfico

En este capítulo presento distintas líneas en los estudios del amor y el cortejo producidos desde las Ciencias Sociales, deteniéndome en los problemas que han dominado en este campo en distintos momentos, que informan las preguntas de la presente tesis. En un primer apartado, presento las discusiones en torno a los cambios atravesados por el amor y la sexualidad en la Modernidad. En un segundo apartado, me detengo en las hipótesis dominantes acerca de las transformaciones en el amor y el cortejo en la Modernidad Tardía. En la siguiente sección, planteo un recorrido por los estudios del amor y el cortejo en nuestro país. Por último, presento las líneas de análisis más relevantes para enmarcar las preguntas que se han estructurado en torno de la relación entre amor, sexualidad y nuevas tecnologías.

❖ Amor y sexualidad en la Modernidad

El amor, el matrimonio y la familia fueron objeto de análisis recurrentes en la caracterización de las sociedades modernas. En la contraposición entre las “sociedades tradicionales” y las “modernas”, las formas familiares, el carácter del matrimonio y las formas del cortejo ocuparon un lugar clave, en tanto permitían identificar cambios sustanciales en las lógicas de organización social. En términos generales, se puede decir que dicha caracterización construyó una imagen lineal a partir de la que se postuló un creciente peso de las decisiones individuales –frente a las restricciones impuestas por la familia y el parentesco- en la elección de la pareja, de la mano de la difusión de una imagen del amor romántico.

En este sentido, la lectura de Talcott Parsons (1966; 1977) estableció un hito en el campo de los estudios del amor y la familia. Si bien autores como Durkheim y Simmel habían analizado las transformaciones de la familia y las emociones en la Modernidad, la interpretación de Parsons marcó un antes y un después en los estudios de familia, el matrimonio y el amor, y condicionó las preguntas y la mirada sobre este objeto aún décadas después de que se difundieran distintas críticas a su interpretación, provenientes de diversos espacios académicos.

Hacia mediados del siglo XX, Parsons sostuvo que, en contraposición a la “familia tradicional”, la “familia moderna” era nuclear, conyugal, afectiva, y pequeña, y que estaba estructurada en torno de roles sexuales precisos, considerando que a los varones correspondían aquellos instrumentales, y a las mujeres, los domésticos. La Teoría de la Modernización distinguía a la familia “moderna” por ser afectiva, reducida y democrática, a diferencia de la “tradicional”, que era autoritaria y extensa. De acuerdo a este autor, dicho orden familiar era funcional a una sociedad industrial que exigía una intensa movilidad social y geográfica. Parsons otorgaba al amor una función social asociada al matrimonio que tenía como fin la procreación y la conformación de una familia.

La propuesta de Parsons ha sido considerada como una visión determinista y lineal, en tanto presentaba los cambios en la familia y en el amor como consecuencia de cambios políticos y económicos más generales, sin tener en cuenta la agencia de los sujetos y las transformaciones iniciadas en el propio espacio familiar. Por otro lado, su lectura de dichas transformaciones ha sido cuestionada en tanto desdibujaba las desigualdades y los conflictos surgidos de la división sexual del trabajo y la construcción de roles sexuales dentro de la familia (Pahl, 1983; Barrón López, 2008). Finalmente, se ha objetado su falta de sustento empírico, en análisis que destacaron la historicidad de la familia, el matrimonio y el amor (Ariès, 1960; Flandrin, 1979; Stone, 1984; Davidoff y Hall, 1994; Peruga, 1998).

En este sentido, a partir de la década de 1960, autores como Philippe Ariès (1960), Lawrence Stone (1977), Edward Shorter (1975) y Alan Macfarlane (1986) desarrollaron una historia de los sentimientos, en la que se buscaba superar las perspectivas funcionalistas. De acuerdo a Shorter (1975), en el siglo XIX hubo una revolución que implicó el pasaje de un pasado autoritario de coacción, a una familia sentimental. Shorter sostuvo que una de las principales transformaciones que atravesó el amor en la Modernidad se relacionó con las condiciones mismas en las que se producían las elecciones románticas. Si en la “sociedad tradicional” la elección de pareja habría estado

en manos de padres y parientes, en la Modernidad se habría alcanzado una aparente libertad de elección, principalmente entre los sectores populares.

En contraposición con esta lectura, Macfarlane (1986) propuso una mirada de más largo plazo sobre el cortejo, en la que la “revolución sentimental” de Shorter quedaba diluida. Puntualmente, Macfarlane sostuvo que ya desde el siglo XVI en Inglaterra existían algunos valores de individualismo que, entre otras cosas, podían rastrearse en la elección de pareja. Sin embargo, Macfarlane no buscaba diluir la oposición “tradicional/moderno”: su caracterización, en cambio, permitía postular que Inglaterra era un caso de “temprana modernidad”.

Por su parte, Stone (1977) planteó que el cambio en la elección de pareja surgió a partir de los sectores medios, no de los populares. De acuerdo a este autor, el individualismo afectivo tuvo su origen en el siglo XVII. Esto se reflejó en “ataques al patriarcado”, a partir de acciones que reivindicaban una primacía de lo personal y corporal, en particular en la elección de pareja. Desde esta perspectiva, de un núcleo conyugal delimitado por redes de parentesco en el siglo XVI y XVII, se habría pasado a una familia igualitaria y afectiva en el siglo XVIII.

Más adelante, David Kertzer y Marzio Barbagli (2003) analizaron los patrones tradicionales de la edad de casamiento, las estrategias matrimoniales, y la concepción del matrimonio desde una perspectiva económica. Dichos autores sostuvieron que, en el siglo XVIII, el cortejo era una instancia más de negociación, aislada del sentimentalismo y el amor. En línea con los estudios de Shorter (1975), estos autores plantearon que la libertad de elección de pareja era mayor en las clases obreras, mientras que en las clases más altas se reducía, limitada por las consideraciones sobre la transmisión del patrimonio.

En términos generales, estos autores han buscado superar la mirada funcionalista, incorporando las clases sociales, el tamaño de la familia, las diferencias regionales, el peso del patrimonio, entre otras variables, para dar mayor complejidad al estudio de las transformaciones del amor, el matrimonio y el cortejo. Incorporaron, además, otras fuentes que buscaban problematizar las representaciones del amor en distintos contextos temporales y espaciales. Esta clave interpretativa recuperó la historicidad no sólo de los arreglos familiares, sino de las concepciones del amor y del cortejo, mostrando tanto los condicionamientos sociales, como las diferencias entre las experiencias de distintos sectores sociales, y la diversidad regional de las transformaciones en la intimidad reseñadas.

En este sentido, la discusión acerca del papel de los sectores medios y populares en las transformaciones en el amor y el cortejo permanecería abierta y marcaría, asimismo, las preguntas realizadas para otros escenarios y contextos (Jorrat, 1999; Vázquez Del Águila, 2000; Gómez Rojas, 2007). Del mismo modo, los debates sobre la “libre” elección de la pareja también marcarían los estudios posteriores, a partir de los que se señalaría el peso de procesos de homogamia social en el matrimonio y el amor en las sociedades contemporáneas (Coontz, 2005). Finalmente, la cuestión de los roles de género y la relativa igualdad de las relaciones familiares sería reiteradamente abordada en los análisis del amor, el matrimonio y la familia a lo largo del siglo XX (LaRossa, 1997; Mintz y Kellog, 1998; Weiss, 2000).

Las transformaciones en la sexualidad también han sido objeto de debate, en particular en relación a las relaciones sexuales en el período previo al matrimonio. Algunos autores, como Lluís Flaquer (1998 citado en Segalen, 2013) y John Mogey (1975, citado en Segalen, 2013), sostuvieron que en el siglo XIX hubo una transformación integral de las mentalidades que condujo a la gente a valorar los sentimientos, y el erotismo por sobre las estrategias sociales y económicas para buscar cónyuge, lo que explicaría el crecimiento de la ilegitimidad en la Europa de ese período.

Las preguntas sobre la ilegitimidad también marcarían las aproximaciones al estudio de la sexualidad en las sociedades contemporáneas. En este sentido, una de las preguntas recurrentes sería acerca de las relaciones sexuales premaritales (Coontz, 1992; Weiss, 2000;). La sexualidad de las jóvenes parejas también fue analizada desde discursos “familiaristas” basados en el modelo de domesticidad, caracterizado por un matrimonio monogámico, reproducción legítima y división de roles del varón proveedor y mujer de ama de casa (Tyler May, 1988).

La sexualidad, sin embargo, ha sido también abordada desde otro tipo de aproximaciones, que abrevan de los aportes realizados por Michel Foucault (1976). De acuerdo a este autor, el propio término “sexualidad” es, de hecho, una invención propia de la Modernidad. De acuerdo a Foucault, en este período, la sexualidad habría sido central en la clasificación de los sujetos, así como en las definiciones subjetivas de la propia identidad. La sexualidad, desde esta perspectiva, fue clave en el desarrollo de distintos saberes e instituciones que, de modo reticular, ordenarían el espacio social situando a los sujetos en un continuo entre los polos de lo “normal” y lo “anormal” (Foucault, 2000).

Siguiendo este enfoque, la antropóloga feminista Gayle Rubin (1986) conceptualizó la sexualidad en las sociedades occidentales modernas de acuerdo a un sistema

jerárquico en el que se ordenan y evalúan los actos sexuales. De acuerdo a esta autora, las jerarquías sexuales están construidas en el marco del sistema sexo / género, es decir, un conjunto de disposiciones que transforman el sexo biológico -los cuerpos sexuados- en un producto social: sujetos identificados como “mujeres” y sujetos identificados como “varones”, a los que se les asigna estatus no sólo distintos sino también desiguales. Rubin mostró la interdependencia entre sexualidad, economía y política, destacando las desigualdades entre mujeres y varones generadas por dicho sistema.¹

Ahora bien, si el amor y la sexualidad han sido tomados como elementos clave para explicar las transformaciones sociales de la Modernidad, lo mismo ha ocurrido en la caracterización del período actual. La siguiente sección presenta algunas de las lecturas centrales de las transformaciones del amor, y en particular del cortejo, en la llamada Modernidad Tardía.

❖ Amor y cortejo en la Modernidad Tardía

Distintos autores han observado fuertes transformaciones en el amor en las últimas décadas. Una de las lecturas más relevantes, en este sentido, ha sido la de Anthony Giddens (1991), que señaló un cambio en los tipos de sociabilidad, en particular en las relaciones afectivas y de pareja. Giddens identificó la emergencia de un nuevo tipo de amor, caracterizado como “relación pura”, fundado en el supuesto contractual de que dos sujetos con igualdad de derechos se unen voluntariamente con fines primordialmente emocionales e individualistas. Para este autor la modernidad es bifronte: por un lado crea y por otro arrasa, destruyendo desde cuestiones estructurales, hasta valores y costumbres, tendiendo cada vez más al individualismo y a la autonomía electiva.

La lectura de Giddens retoma la interpretación que Georg Simmel (2000) hacía de la Modernidad, pero la proyecta en otro horizonte temporal. Simmel describió las transformaciones en la Modernidad a través de los procesos de individualización y el enfriamiento de las relaciones humanas reflejadas en el amor. De acuerdo a este autor, el carácter efímero de las relaciones amorosas era la característica principal de esta época,

¹ Partiendo del análisis de Gayle Rubin, Judith Butler (2001), analizó esas desigualdades cuestionando las miradas esencialistas sobre “lo femenino” y “lo masculino”, afirmando que la visión binaria del género es excluyente y limita la diversidad, teniendo con frecuencia consecuencias homofóbicas. Butler destacó la centralidad de la performance en la construcción de las identidades de género, performance que, de acuerdo a su lectura, tiene como efecto una naturalización retrospectiva de la sexualización de los cuerpos. En este sentido, en la lectura de Butler, el “sexo” es también una construcción social, derivada del “género”.

en la que todos los tipos de amor (familiar, amistoso o de pareja) se vaciaban, neutralizaban, volviéndose inocuos y previsibles.

En un análisis similar al de Giddens, Zygmunt Bauman (2005) considera que en la actualidad existe una tendencia hacia al individualismo que se traduce en un temor a las “relaciones fuertes” como peligro de pérdida de autonomía personal. Por otro lado, Bauman sostiene que el proceso de mercantilización característico de la Modernidad Tardía permea las relaciones afectivas a partir de una “racionalidad economicista”. Bauman reemplaza el término de “relaciones” por el de “conexiones” para dar cuenta del carácter presentista y menos profundo de los vínculos interpersonales en la actualidad.

“Vivir juntos- por ejemplo- adquiere el atractivo del que carecen los vínculos de afinidad. Sus intenciones son modestas, no se hacen promesas y las declaraciones, cuando existen, no son solemnes, ni están acompañadas por música de cuerda ni manos enlazadas. Casi nunca hay una congregación como testigo y tampoco ningún plenipotenciario del cielo para consagrar unión. Uno pide menos, se conforma con menos, y por lo tanto, hay una hipoteca menor para pagar y el plazo del pago es menos desalentador” (Bauman, 2005: 48).

En esta clave, Ulrich Beck y Elizabeth Beck Gernsheim (1988) sostienen que los medios de comunicación, la globalización y la movilidad geográfica han modificado la génesis del amor en la Modernidad Tardía, en un proceso de destradicionalización de los lazos sociales. De acuerdo a estos autores, en la sociedad secularizada del siglo XXI, el amor cumple la función que cumplía en el pasado la religión. Beck y Beck Gernsheim postulan que, en la Modernidad, el desarrollo del individualismo comenzó a provocar exigencias y obligaciones de una vida propia más allá de la comunidad o del grupo. El “desencantamiento del mundo”, al que hacía alusión Max Weber, generó un aislamiento, una pérdida de identidad colectiva. Es así como, de acuerdo a estos autores, si en la Modernidad, la relación de pareja respondía a la necesidad de dar sentido y arraigo a nuestra vida, en la Modernidad Tardía, se producirían nuevas oportunidades para el desarrollo de una verdadera pareja entre iguales, aunque con muchas confrontaciones y aislamientos de género, así como búsquedas de autoafirmación e identidad individuales.²

² Diane H. Felmler y Susan Sprecher (2007) analizan los patrones persistentes en las relaciones sociales a lo largo del tiempo, y estudian desde un nivel macro y micro estos patrones en las relaciones amorosas. Las sociedades han controlado el amor de diferentes modos, a través de patrones culturales, instituciones o segregaciones por género, por ejemplo. La estructura de la historia del amor es definida por los cambios que radican en la separación de la sexualidad del matrimonio y la reproducción, y que tienen particular incidencia en la vida de las mujeres (Giddens 1992). Allí aparece el amor confluyente, el cual radica en la equidad entre los dos partes de la pareja, desde las expresiones emocionales y sexuales. La feminización del amor algo que además de lo sexual ha cambiado pero desde el otro lado del género. La mercantilización del

Por su parte, Gilles Lipovetsky (2003) sostiene que se ha desarrollado un “neo individualismo” en el marco de lo que llama la “segunda revolución individualista”, en un contexto invadido por nuevas tecnologías caracterizado como “Hipermodernidad”. Lipovetsky sostiene que, si bien en el terreno del amor y la seducción habría una “revolución sexual”, la misma no habría logrado cambiar la posición tradicional de las mujeres en sus relaciones amorosas.

En términos generales, podríamos decir que la interpretación de estos autores de los cambios recientes en el amor resulta lineal. Por otro lado, si bien estas interpretaciones lograron ampliar los enfoques acerca del amor y la familia, tendieron a presentar las modificaciones analizadas como resultados de procesos generales. Podría decirse, en este sentido, que estas lecturas resultan paradójicas. Por un lado, a pesar de que destacan la importancia del individuo en las sociedades actuales, las dinámicas del amor son presentadas como respuesta a transformaciones estructurales en las que la agencia de los sujetos no tiene relevancia. Por otro lado, dentro de dichas relaciones, los individuos son presentados como sujetos que buscan su propia satisfacción, fuera de las ataduras que otrora supusieran relaciones más formalizadas y constreñidas por normativas sociales.

En contraposición con dichas interpretaciones, autores como Jean Claude Kaufmann (1999) han insistido en que la libertad actual es sólo aparente, sobre todo en relación a los comportamientos o modales, como los llamaría Norbert Elias (1982).³ En las relaciones amorosas, esos modos se negocian en mayor o menor profundidad, por ejemplo al definir la división del trabajo del hogar en una pareja. En este contexto la identidad personal deriva de un proceso en el cual lo individual debe negociarse con la pareja. En este sentido, Kaufmann logró una mirada menos determinista al incorporar la construcción de identidad y el proceso de “negociación” en una pareja.

En relación al cortejo, Eva Illouz (2012) analizó las dinámicas y dimensiones que atraviesan el cortejo en la actualidad. La autora continúa con el pensamiento de

amor es el argumento de los autores, de que el amor es en nuestra sociedad capitalista una mercancía atravesada por relaciones económicas.

³ Lavinia Alexia (2002) analiza cómo en las sociedades más tempranas las mujeres eran intercambiadas entre familias, y esos intercambios eran gobernados por estrictas reglas. El matrimonio estaba metódicamente institucionalizado. Recién en el siglo XX, gracias a las novelas y al drama, una nueva visión de amor aparece. Sin embargo, el comportamiento entre pares no ha cambiado del todo. Una posible limitación deriva de que Kaufmann utiliza el contexto de las sociedades del oeste de Francia. Mientras que éstas se regulaban bajo un sistema patriarcal, las sociedades contemporáneas parecen incrementar la libertad de elección individual (proceso de individualización) y diversos comportamientos. Los estudios de las mujeres solteras en Francia, por ejemplo, muestran el modelo mental en base a un principio moral que poseen: la espera de su otra mitad o un príncipe, experiencia creada entre la fantasía y la realidad.

Lipovetsky y Kaufmann, dando cuenta de distintos órdenes que condicionan el encuentro amoroso en la actualidad. De acuerdo a esta autora, se habría pasado de una relación más escalonada, a otra más simple.⁴ A diferencia de los enfoques más generales, Illouz analizó las transformaciones en el amor y el cortejo a través de los cambios en las normas y las representaciones señalando diferencias de acuerdo a distintos contextos, tanto espaciales como temporales, así como diferencias entre las experiencias de varones y mujeres.⁵

En este sentido, distintos estudios han observado las diferencias en los discursos de mujeres y varones sobre el amor (Fisher, 1992; Barron López, 2008). Ana Sofía Antunes Das Neves (2007), en particular, analizó los discursos generalizados sobre el amor en el Brasil contemporáneo, observando su “normalización institucional”. De acuerdo a esta autora, tradicionalmente los discursos han presentado al amor como un sentimiento propio de las mujeres. En este sentido, el paso del “amor romántico” a la realidad del “amor confluyente” implicaría asumir una reestructuración de los discursos sociales en materia de igualdad de género. Para Das Neves, los discursos actuales perpetúan las desigualdades entre los sexos, generando diferencias en las distintas expresiones de amor, significados de intimidad, niveles de permisividad y aceptación, ideales de vida personal familiar y satisfacción social entre mujeres y varones.

Las transformaciones en el amor y el cortejo también dependen del contexto témporo-espacial. En este sentido, resulta importante detenernos en los estudios sobre la Argentina. En la próxima sección presentaré algunas de las lecturas más relevantes sobre el amor y el cortejo en la Argentina contemporánea.

⁴ Eva Illouz y Shoshannah Finkelmann (2009) argumentan que existen literaturas sociológicas insuficientes sobre la interacción entre la pasión y la racionalidad. Introducen así un nuevo concepto: “configuración modal” que refiere a la influencia histórica cultural del contexto en la relación interdependiente entre emoción y racionalidad. Ellas delinearán varias dimensiones en la configuración modal: técnicas, énfasis en modales, reflexividad, y secuencia de modales que proveen ejemplos de fuentes primarias y secundarias (en premodernas y modernas) selecciones de pareja.

⁵ Helena Béjar (1990) es otra socióloga que ha analizado los cambios en el ámbito íntimo en la modernidad y al individualismo afectivo que eso trajo aparejado. Ella considera que el individualismo es una ideología: un conjunto social de representaciones, de ideas y valores comunes a una sociedad. Las relaciones personales (sobre todo las amorosas) dejan así en suspenso al compromiso, por encima de todo se valora la independencia propia. Las relaciones se centralizan en el presente, y ya no existe el amor como pasión, sino el amor como un compartir experiencias con otro.

❖ Amor y cortejo en Argentina

En Argentina existen diversos estudios acerca del amor y el cortejo. Por un lado, el amor y el cortejo han sido estudiados en relación a las transformaciones en las dinámicas de la pareja y de la vida familiar. Puntualmente, Catalina Wainerman (2003; 2005) analizó los roles de género en la pareja y sus transformaciones entre los años sesenta y la primera década del siglo XXI. A su vez, la autora ha analizado las representaciones de género y los modos en que son retomadas por los sujetos en su vida cotidiana. El enfoque de Wainerman destaca las desigualdades de género, y señala algunas diferencias de acuerdo a los sectores sociales. En el mismo sentido, Elizabeth Jelin (1998) estudió las transformaciones de la familia en nuestro país, como institución social creada y transformada por el accionar tanto individual y cotidiano.

En una línea más cercana a la presente tesis, los trabajos de Dora Barrancos (2001) y Beatriz Sarlo (1985), provenientes de tradiciones disciplinares distintas –una de la Sociología y la otra de la Teoría Literaria-, son algunos de los estudios clásicos de los que este trabajo se nutre. Dora Barrancos (2001) es una de las figuras clave en la historización de la “moral sexual”⁶ en nuestro país, destacando distintas articulaciones entre clase y género. Por su parte, Beatriz Sarlo (1985), a partir del análisis de los discursos literarios, reconstruyó un imaginario de época (el del período de entreguerras) en torno del amor y el cortejo, mostrando cómo el amor, el matrimonio y la familia eran demandados por un nuevo público lector que, al mismo tiempo, era condicionado por la educación sentimental y moral a la que era expuesto en las novelas analizadas.

Más adelante, Isabella Cosse (2010) analizó las reglas del cortejo en Buenos Aires de mitad del siglo XX. De acuerdo a esta autora, en los años sesenta, el cortejo estaba estructurado en torno al matrimonio, concebido como un hito normal y deseable para alcanzar la condición adulta. Cosse indagó las prácticas en el cortejo y el flirteo, así como las relaciones de poder que los atravesaban, destacando las diferencias de género. La autora mostró que el cortejo respondía a normas morales estrictas, sobre todo para las mujeres, destacando que la moral sexual es constitutiva de las prácticas, condicionadas por estereotipos de género y clase que operan como horizontes reguladores. En esta misma clave, Valeria Manzano (2009; 2010) estudió la sociabilidad de los jóvenes en los años sesenta y setenta, observando las diferencias entre los jóvenes de sectores medios

⁶ Hablamos de moral sexual entendida como el conjunto de normas, reglas y estereotipos que definen y permiten un tipo de prácticas. La moral sexual -con mayor o menor medida- define lo que esta socialmente permitido y lo que no en la sexualidad.

y populares. Estas aproximaciones, que recuperan algunas claves de lectura de los estudios culturales, han destacado las diferencias de clase y género en el análisis de las prácticas del amor y el cortejo a mediados del siglo XX.

Otra línea importante de estudios de la que esta tesis se ha nutrido, es la de los estudios de la sexualidad. En la Argentina, existe una rica tradición en el análisis de esta temática. Por una parte, son abundantes estudios sobre el disciplinamiento de la sexualidad, centrados en el peso del discurso médico en la configuración de las sexualidades “normales” y “anormales”, tanto en relación a la regulación del comportamiento sexual de las mujeres como en relación a la creación de parámetros heteronormativos para el ordenamiento de los sujetos (Nari, 2004; Salessi, 1995; Ben y Acha, 2006; Rustoyburu, 2011). El estudio de la sexualidad también ha dado lugar a otro tipo de aproximaciones, en la que se ha destacado el análisis de las políticas públicas en relación a la diversidad sexual (Pecheny, 2013). Los vínculos entre sexualidad y familia también han sido abordados desde diferentes perspectivas: desde los estudios enfocados en la planificación familiar (Felitti, 1994), a los que han explorado la relación entre diversidad sexual y familia (Vespucci, 2011).

Por otro lado, en los últimos años se han producido diversas investigaciones sobre la sexualidad juvenil en las sociedades contemporáneas, y, en particular, sobre el inicio sexual de los jóvenes (Necchi; Schufer y Méndez Ribas; 2000). Otros estudios se han centrado, en cambio, en cómo se conforman los roles sexuales en la adolescencia (Navarro, Stimpson; 1999; Jones, 2009; Vila, 2007). En términos generales, los estudios sobre sexualidad joven y adolescente en la Argentina contemporánea han estado originados en preocupaciones como las enfermedades de transmisión sexual y el embarazo adolescente. En este sentido, se ha enfatizado el análisis de unas formas de sexualidad y prácticas sobre otras, descuidando los sentidos con los que los sujetos las significan.

Una notable excepción, en este sentido, de la que la presente tesis es gran deudora, es el trabajo de Daniel Jones (2010), que ha estudiado las sexualidades adolescentes en la Argentina, específicamente en Trelew, en el período 2003 / 2005, desde una perspectiva más amplia. Su análisis mostró la diversidad de prácticas sexuales y las dinámicas sociales en sectores medios urbanos. En particular, Jones observó que las prácticas adquieren significado mediante los vínculos socio-afectivos que las enmarcan, los diálogos y silencios con adultos y pares, los chismes que circulan y las agresiones verbales y físicas entre adolescentes. Las prácticas sexuales adquieren diferentes valores sociales de acuerdo a quién las practique, con quién, dónde, etc.

Prácticas similares poseen distintos valores si son llevadas adelante por un varón o una mujer, de sectores populares o de sectores medios, con una persona del mismo o de diferente sexo, rango etario y clase social. Retomando el concepto de “jerarquías sexuales” de Gayle Rubin (1989), Jones mostró que las desigualdades se estructuran en torno a lo “moralmente” aceptable.⁷

Dichas desigualdades generan discriminación entre quienes no se incluyen en una concepción binaria y heteronormativa del género. En este sentido, distintas investigaciones mostraron la discriminación y actitudes homófobas entre los jóvenes (Pichardo Galán, 2009). Específicamente en nuestro país se ha trabajado la exclusión y discriminación de gays y lesbianas, y más específicamente aquellos que son portadores de HIV (Meccia 2006).

El estudio de la sexualidad juvenil se conecta también con la sociología de las emociones (Scribano, 2013; Fígari y Scribano, 2009). Esta corriente toma al cuerpo y las emociones como parte fundamental de la teoría social (Fernández, D’Uva, Viturro; 2003) y presenta su centralidad en el análisis de las transformaciones de la sociedad argentina contemporánea, a partir del registro del miedo y la vulnerabilidad como emociones clave (Fígari y Scribano, 2009). En este sentido, este enfoque contextualiza las emociones y distinguir las por diferentes atributos (edad, clase, etnia, religión).

Ahora bien, ¿cómo se modifica lo “moralmente aceptable” en el mundo virtual? ¿Existen diferencias en la valoración de ciertas prácticas si éstas tienen lugar en el marco de una interacción “cara a cara” o en el de una producida a través de las redes sociales? ¿En qué medida las nuevas tecnologías suponen una transformación en la moral sexual y el cortejo? En el próximo apartado, presentaré algunas de las lecturas más relevantes en relación al lugar de la tecnología en la vida social.

❖ Amor, sexualidad y tecnologías

En el campo de los estudios de la tecnología existe un profundo debate en torno del determinismo tecnológico, es decir, la creencia de acuerdo a la que la tecnología es capaz, por sí misma, de incidir de manera directa en el desarrollo social. El determinismo

⁷ Otros estudios sobre sexualidades adolescentes en Argentina se han centrado en el análisis de la iniciación sexual y el uso de pornografía (Cáceres, 2000; Fuller, 2001; Valdés, 2005). El enfoque de Jones es más cercano al desarrollado en la presente investigación, en tanto destaca los aspectos vinculados a la moral sexual.

tecnológico considera que las tecnologías son responsables de distintas situaciones de bienestar o penuria, (ya sea económica, social o cultural). Los críticos a esta aproximación consideran que la tecnología, siendo en sí misma un producto social, opera como un elemento entre otros en la explicación de los cambios sociales. Los críticos al determinismo sostienen que los “efectos” de las tecnologías siempre están mediados por procesos de institucionalización social. Raymond Williams (1974) es uno de los representantes más importantes de esta posición. De acuerdo a este autor, no podemos hablar de determinismo tecnológico ya que la tecnología es indisociable de las personas que la producen.

En la sociedad actual, la vida cotidiana está profundamente imbricada de las denominadas tecnologías de la comunicación y de la información (TICs). Es un lugar común sostener que las nuevas tecnologías aíslan cada vez más al individuo. Sin embargo, resulta necesario analizar el consumo de las nuevas tecnologías a través de los usos y significados que se les otorgan socialmente, en una clave que destaque tanto las diferencias de clase como las de género.

La llamada “sociedad de la Información” (Castells, 2002) ha generado cambios sumamente veloces en la manera en como interactuamos, así como en el espacio donde lo hacemos. Sin embargo, los usos de esas nuevas tecnologías son diversos e interactúan con tradiciones y lógicas preexistentes. Desde la última década del siglo XX, la conectividad creciente nos ha expuesto a un consumo de bienes simbólicos transterritoriales. Dichos intercambios, reorganizan la vida social y cultural. Por un lado homogeneizan a quienes utilizan las nuevas tecnologías, en la medida en que pierden densidad las diferencias propias de los espacios nacionales a favor de instancias supranacionales. Por otro, acentúan las diferencias, en tanto su uso habilita la re-emergencia con fuerza de los espacios y realidades locales.

Más allá de la posibilidad de acceder a estas tecnologías, en el consumo de las tecnologías existe un factor de distinción social. Pierre Bourdieu (1998) considera que el consumo involucra símbolos, signos, ideas y valores, y estos son el producto de los condicionamientos de clase y de los *habitus*, es decir, las estructuras mentales a través de las cuales los individuos aprehenden el mundo social y orientan sus prácticas. Los *habitus* tienen un papel central en la configuración del gusto y de los diferentes sistemas clasificatorios que orientan las prácticas de consumo. El consumo de las tecnologías puede también reproducir las relaciones de asimetría entre sectores sociales.

El consumo de nuevas tecnologías también genera asimetrías de género. Judy Wajcman (2000) ha planteado que las tecnologías no son consumidas de la misma forma por varones y mujeres. Mientras las mujeres tienden a acercarse a las TICs en formas que continúan su vínculo con el hogar y la esfera privada, los varones las utilizan para comunicarse con el mundo laboral y, en términos más generales, para participar de la vida pública.

Los usos de las TICs también están condicionados por la edad. Estudios recientes han investigado las relaciones entre los y las jóvenes y las TICs, asumiendo como punto de partida que estas tecnologías deben ser tenidas en cuenta en cualquier análisis de la subjetividad contemporánea, y en particular para el estudio del amor y la sexualidad, con la emergencia de nuevas formas de relacionamiento como las citas virtuales (Gil Juárez-Vitores, 2011; Barraket, 2008). En este sentido los discursos de los jóvenes mostraron que las TICs en un entorno de ocio favorecían las relaciones y los lazos sociales, de modo que, más que contribuir al aislamiento social, potenciaban el contacto interpersonal. En este sentido, se ha mostrado que los usos de las TICs reproducen las lógicas dominantes en las prácticas de ocio previas (Pini, Musanti, Kaufman, y Amaré, 2012).

En nuestro país, Mario Urresti (2007) compiló un trabajo grupal sobre la cibercultura juvenil, que analiza la construcción de subjetividades en la arena virtual, mostrando que existen tanto rupturas como continuidades en las prácticas de estos jóvenes y los de generaciones previas. Por su parte, investigaciones como las de Georgina Remondino (2007), María Belén Dalmaso (2010) y Georgina Remodino y Lorena Decca (2012) han analizado las experiencias de jóvenes en relación al uso y consumo de TICs. Estas investigaciones han mostrado que las experiencias cotidianas de los jóvenes están intensamente marcadas por el mundo virtual. A lo largo de la tesis, retomaremos algunas de las preguntas que estos trabajos han planteado, en especial en relación a los modos en que la conexión a partir del uso de las TICs y las redes virtuales se introducen en las dinámicas del cortejo.

La presente tesis retoma los estudios del amor y el cortejo realizados desde un enfoque cultural. En particular, abreva de los análisis del cortejo que destacan el peso de las constricciones morales en la elección de una pareja. El concepto de “jerarquías sexuales” será de especial relevancia en el análisis propuesto. Las dinámicas sociales que

producen las jerarquías sexuales entre los jóvenes se pueden observar en sus interacciones, aunque, como mostraré, estas jerarquías no son monolíticas. Por otro lado, partiendo de las investigaciones expuestas previamente, en los próximos capítulos presto especial atención a las formas que adquiere el cortejo en un escenario en el que las TICs forman parte de la vida cotidiana. ¿A partir de qué datos? ¿Para qué recorte espacio-temporal? En el próximo capítulo explico las decisiones metodológicas adoptadas.

Capítulo 2

Metodología

Justificaciones, herramientas y fuentes

En este capítulo presento la metodología utilizada a lo largo de esta investigación. En un primer apartado presento las características centrales del enfoque cualitativo. Luego enumero las ventajas y los límites de la técnica utilizada: la entrevista en profundidad. En un tercer apartado señalo algunos de los elementos del análisis del discurso a partir de los que abordo los datos construidos en esta investigación. Por último, presento la muestra de informantes.

❖ Enfoque y técnicas utilizadas

Esta investigación fue realizada desde un enfoque cualitativo. Este trabajo propone analizar las distintas nociones de amor en los jóvenes (vinculadas a distintos horizontes temporales), la moralidad sexual y la incorporación de las nuevas tecnologías en el cortejo. En este sentido, un enfoque cualitativo me permitió acceder a la voz de los actores. Por otra parte, a diferencia de los enfoques cuantitativos, los abordajes cualitativos implican un proceso holístico en el cual teoría, objetivos y metodología se trabajan en conjunto. Este tipo de aproximación me permitió recoger la información desde una mirada abierta y flexible, atenta a aspectos relacionados con la comunidad, el barrio, la escuela, etc.-. En el caso de la presente investigación, estos aspectos resultaron centrales a la hora de rastrear los condicionantes que operan en el cortejo entre jóvenes.

Las técnicas de recolección de datos, dentro de la metodología cualitativa son variadas. La entrevista, la observación participante y el análisis de fuentes secundarias son las técnicas más utilizadas dentro de este enfoque. En el caso de esta investigación,

la entrevista, y particularmente la entrevista en profundidad, fue la técnica elegida para recolectar datos.

La entrevista como herramienta de análisis ha sido presentada como “el género de la voz y la autenticidad”, en tanto “produce autenticidad porque establece un juego de presencia y de relación directa: gente cara a cara que está unida por el contrato de decir la verdad” (Sarlo, 1995: 15). Sin embargo, lo que se busca no es una verdad, sino una construcción propia de la situación dialógica. La entrevista es uno de los lugares posibles de la manifestación de la subjetividad; permite aproximarse a la mirada del informante, a partir de una interacción social similar a una conversación cotidiana.

“Podría decirse entonces que el carácter inconcluso, abierto, que tiene la entrevista, la importancia de detalle, la variedad de historias que narra, sus distintas situaciones y personajes hacen difícil su caracterización. No obstante, sus recorridos están bastante tipificados... la vida, la experiencia, el éxito, el trabajo son válidas como afirmación de la propia singularidad” (Arfuch: 85,2010).

Esta técnica de construcción de datos, sin embargo, presenta distintas limitaciones. Por un lado, si el entrevistado se adueña y maneja la situación, se corre el riesgo de que su respuesta se aleje de los objetivos de la investigación. En un sentido inverso, los entrevistados pueden tratar de adaptar su relato a aquello que creen que los investigadores esperan escuchar, dando lugar a un discurso cristalizado (Najmias, Fraga, Agüero, Alegría, Ghiglione y Ghirimoldi, 2007). Por otro lado, si bien los resultados de las investigaciones basadas en este tipo de datos pueden extrapolarse a muestras similares, sus conclusiones no son “representativas”, ni puede generalizarse a partir de ellas.

Existen distintos tipos de entrevistas: estructuradas o directivas, semi-estructuradas, mixtas, telefónicas, cara a cara, colectivas e individuales. En esta investigación, realicé “entrevistas en profundidad” en el marco de situaciones cara a cara, y en su mayoría, en encuentros individuales. Este tipo de herramienta permite explorar, detallar y rastrear por medio de preguntas la información más relevante para la investigación. Además, la entrevista en profundidad tiene un carácter cercano y personal con el otro. En el caso de la temática aquí abordada (el cortejo y el amor), factores tales como la intimidad y la complicidad influyen en el proceso. Así, fue necesario generar confianza con los jóvenes entrevistados, ya que se buscaba que los informantes hablaran de sus propias experiencias amorosas.

El investigador social requiere una actitud reflexiva en el proceso de investigación (Bourdieu, 1998) que le permita desandar sus prenociones y experiencias. En este sentido, mi posición dentro del campo conllevó algunas ventajas y desventajas. Por un

lado, mi edad, cercana a la de los entrevistados, y mi pertenencia a su sector social y medio urbano, facilitó la formación de una relación estrecha con los entrevistados. En este sentido, noté que rápidamente establecían confianza conmigo ya que compartíamos los mismos códigos lingüísticos. A su vez, mi posición dentro del campo condicionó la interacción: al ser mujer, encontré mayor complicidad de parte de las jóvenes, mientras que en algunos de los varones entrevistados detecté cierta timidez.

El campo -en este caso académico/ científico- define un *habitus*, que nos condiciona, por el cual nos comportamos de una manera específica. Estableciendo una analogía con el juego, Bourdieu (1998) observa que la investigación (como juego social) define reglas y acciones aceptadas, las cuales rigen durante entrevista. Sin embargo, los agentes tienen un margen de flexibilidad para “moverse” en dichas situaciones. Las relaciones de poder también están presentes en las entrevistas. El poder del entrevistado es diferente al del entrevistador, y esa relación asimétrica condiciona el desarrollo de la misma. Los entrevistados conocían el motivo de la entrevista, con lo cual, presumo que se veían condicionados en relación a los términos que usaban, al igual que al seleccionar qué contar y qué no.

El momento de la entrevista viene precedido por teorías y experiencias previas, tanto del entrevistado como del entrevistador. Allí hay una complejidad y un trazado argumental que se pone en juego en el contacto corporal, aún antes de la primera pregunta. Existen incluso prejuicios acerca de los temas a conversar, y también incide, a veces de manera coercitiva, el peso de las hipótesis. Tanto el “marco” (Goffman, 1981) en el que se lleva a cabo la entrevista, como los prejuicios, teorías y la posición como investigadores median en la entrevista.

❖ El análisis de las entrevistas

Las entrevistas en profundidad dependen de la información que obtengamos del entrevistado y del análisis del discurso que posteriormente se realice. Existen variedad de “métodos” de análisis del discurso provenientes de diferentes disciplinas (de la filosofía, la lingüística, la sociología y la psicología) y tradiciones teóricas (como la etnometodología y el interaccionismo simbólico).

Desde la tradición etnometodológica, el análisis del discurso está centrado en la interacción, en las relaciones sociales que se revelan a través del lenguaje (Heritage, 1984). Para Ricoeur (1982), el discurso es una dialéctica de acontecimiento y

sentido, de proposiciones y de referente. El autor propone apelar a la intencionalidad del sujeto hablante y al sentido de lo dicho, teniendo como base el retorno del sentido al sujeto. Desde el interaccionismo simbólico, por otra parte, se ha definido que los análisis de las entrevistas parten de tres supuestos. El primero es que la acción e interacción social exhiben en la conversación pautas de rasgos estructurales, estables y recurrentes. El segundo es que la acción comunicativa está contextualizada y moldeada por el contexto de expresiones verbales (Garfinkel, 1972). El tercer supuesto es que ningún detalle puede ser descartado a priori (Sautu, 2003).

Así, el lenguaje es considerado como objeto en sí mismo de investigación partiendo de varios supuestos. Los fenómenos sociales pueden ser descubiertos y creados por el lenguaje mismo, inclusive el lenguaje organizado en discurso tiene poder para dar forma a las experiencias. Además, el lenguaje posee categorías básicas para que nos entendamos, al referirnos a nosotros hacemos uso de patrones de significado compartido.

En relación a esta investigación, el análisis de los discursos de los entrevistados resultó relevante ya que permitió identificar las representaciones, reglas y prejuicios en torno al amor y la sexualidad en los jóvenes. Los condicionantes en el cortejo no siempre aparecen de forma explícita en los diálogos con los jóvenes. En este sentido, el análisis del lenguaje no verbal -actos fallidos, risas, ironías, gestos-, así como el de lo dicho implícitamente, me permitió ir más allá de sus discursos explícitos. Los informantes tienen dos tipos de expresividad: la que dan y la que emanan (Goffman, 1981).

En este punto nuevamente aparecen mediaciones, la situación de la entrevista conforma un escenario con roles asignados y esperados. De esta manera los jóvenes exponen ciertos atributos y ocultan otros, buscando tener control del “personaje” que crean ante su interlocutora (Goffman, 1981). Es decir si bien los jóvenes han relatado sus experiencias, probablemente, obviaron aquello que creían que podían ser “mal visto”. Lo mismo sucede con el lenguaje: en muchas ocasiones pedían disculpas por utilizar términos como “maricón” / “puta” / “grasa”. Sin embargo, llegando al final de la entrevista se acercaban a temáticas como el sexo con mayor confianza.

❖ **La muestra: los entrevistados y sus características**

En esta investigación, la muestra estuvo conformada por jóvenes heterosexuales de entre 14 y 18 años. Realicé 15 entrevistas, a 9 mujeres y 6 varones. El número de entrevistas

no fue aleatorio, sino que se utilizó como criterio la saturación de la información, es decir que concluí la realización de entrevistas cuando el material cualitativo dejó de realizar nuevos aportes. El acceso al campo se realizó inicialmente a través de un colegio y, a partir de la técnica de muestreo “bola de nieve”, pude contactar otros jóvenes de otros colegios con características similares.

La categoría juventud alude a fenómenos existentes pero a la vez a una dimensión simbólica, material histórica y política. En palabras de Mario Margulis,

“La juventud aparece entonces como valor simbólico asociado con rasgos apreciados - sobre todo por la estética dominante-, lo que permite comercializar sus atributos (o sus signos exteriores) multiplicando la variedad de mercancías -bienes y servicios- que impactan directa o indirectamente sobre los discursos sociales que la aluden y la identifican” (Margulis, 1996: 14).

En las sociedades occidentales, en épocas recientes, la juventud aparece como etapa diferenciada de la vida. En la Modernidad, la juventud comenzó a ser identificada como un período de permisividad que media entre la madurez biológica y la madurez social. Esta “moratoria”, según Margulis (1996), es un privilegio para ciertos jóvenes, aquellos que pertenecen a sectores sociales relativamente acomodados, que pueden dedicar un período de tiempo al estudio -cada vez más prolongado- postergando exigencias vinculadas con un ingreso pleno a la madurez social: formar un hogar, trabajar, tener hijos.

Desde esta perspectiva, la “juventud” no se ofrece de igual manera a todos los integrantes de la categoría “joven”. Es necesario cruzar dicha categoría con clivajes como la clase social, el género y la generación, entre otros. La generación alude a la época en que cada individuo se socializa, y con ello a los cambios culturales propios de cada contexto. Cada generación define nuevos códigos, lenguajes y formas de apreciar, distinguir y clasificar. Así las modalidades sociales de ser joven dependen de la edad, generación, el crédito vital, la clase social, el marco institucional y el género (Margulis, 1996, 18-28).

Otra categoría central para el análisis que aquí se presenta es la de género. Las categorías como “varón” y “mujer” están construidas socialmente, a través de normas, discursos, prácticas, etc. (Arango, 2005). La diferencia de género, por otro lado, articula relaciones asimétricas de poder (Scott, 2009). En este sentido, busco comprender cómo es la experiencia del cortejo para distintos jóvenes, mostrando las implicancias de ser varón o mujer en la forma en que se vinculan con otras personas.

Los entrevistados pertenecen a sectores medios, definidos a partir de las dimensiones materiales (Torrado, 2003) (como el barrio de residencia, la profesión de los padres, el colegio que asisten, etc.). Sin embargo, el término clase media se refiere también a la identificación de los sujetos (Adamovsky, 2009). En este sentido, la definición de sectores sociales tomada de Torrado (2003) fue utilizada para realizar el recorte muestral de esta investigación, pero el análisis se basó en los atributos sociales y culturales de clase media. El capital cultural (Bourdieu, 1998), los espacios de sociabilidad, los códigos culturales marcan formas en que ños entrevistados se distinguen de otros jóvenes, construyendo una identidad de clase.

“Muchas veces se generaliza la condición de vida por el lugar que se ocupa en la estructura de clases, lo cual puede llevar a un error de apreciación. Se trata, sin duda, de un factor primordial pero que está lejos de ser suficiente. Hay que añadir la condición de vivienda y las características del espacio urbano en el que se reside, porque son los elementos en los que se condensa la historia concreta que supera la situación más abstracta de la clase en papel (expresión bourdieuana de clases probables que se aproximan a lo que son las clases en realidad)” (Margulis, Urressti, 2007:26).

Los consumos y la identificación cultural de la clase media son definitorios y diferenciadores a la vez. El capital simbólico es difícil de medir cuantitativamente; sin embargo es definitorio para la clase media. A su vez, las relaciones familiares y los comportamientos de la organización familiar también distinguen a la clase media de otros sectores (Davidoff y Hall, 1994). La clase marca matrices culturales generadoras de modelos que ordenan percepciones y prácticas sexuales. En el caso de esta investigación, analizo la clase a través de los espacios de sociabilidad, códigos lingüísticos y gustos tanto en las interacciones cara a cara como en el mundo virtual.

A lo largo de este capítulo describí el enfoque, las técnicas y los criterios utilizados en la presente investigación. El enfoque cualitativo presenta sus ventajas y limitaciones, al igual que entrevista en profundidad como técnica de recolección de datos. Sin embargo, teniéndolas en cuenta y manteniendo una actitud reflexiva, las entrevistas me han permitido acceder a una información muy rica, que será analizada a partir del siguiente capítulo.

Capítulo 3

“Putas” y “maricones”

Estereotipos y condicionantes en el cortejo

En este capítulo analizo los estereotipos de género que condicionan los primeros contactos entre los jóvenes. A modo de hipótesis, considero que las diferencias de género establecen desigualdades en el cortejo, que pueden observarse en los “papeles” esperados para ellos y ellas. Estos papeles condicionan no sólo el inicio sino también la continuidad de la relación entre los jóvenes.

El capítulo tiene dos apartados. En el primero, observo cuáles son los estereotipos femeninos y masculinos que operan en el cortejo. En este sentido, señalo que las figuras del “maricón” y la “puta” aparecen como los horizontes reguladores de las prácticas de los jóvenes. En un segundo apartado, observo cuáles son los atributos que se valoran en otro joven a la hora de elegir una pareja.

❖ **Ellas esperan, ellos encaran...**

La juventud implica un proceso no aleatorio de subjetivación, pautado sobre dos aspectos: papeles esperados de género -que incluyen deberes y trasgresiones autorizadas- y papeles de clase -que también incluyen normas y restricciones. Ambos papeles son indisociables e implican un proceso de influencia recíproca (Mario Pecheny, 2013). En ese sentido, el género y la clase social se articulan en las experiencias del amor y la sexualidad.

Los jóvenes exponen de manera clara cuáles son las normas que deben seguirse en un primer encuentro. Los varones son los responsables de generar el primer contacto, mientras que ellas sólo pueden manifestar su interés a través de distintas señales

indirectas. Las miradas, el coqueteo y el baile sensual están permitidos dentro de la seducción femenina, pero el último paso deben darlo ellos. Las mujeres pueden tomar la iniciativa, pero si lo hacen, son consideradas “zorras/ putas”, incluso por otras mujeres.

“Los flacos son los más encaradores...Después están las minas más zorritas (risas) pero bueno...” (Valentino, 18 años).

“Las chicas suelen hacer muchos más escándalos... los hombres son de encarar ahí... los chicos no hacen las boludeces que hacen las chicas... van derecho ahí (risas)...” (Violeta, 16 años).

“No está bien visto encarar, no es normal...” (Lucía, 15 años).

Los entrevistados estructuran sus discursos sobre la sexualidad en términos morales. Como se desprende del último fragmento citado, lo “normal” -es decir un conjunto de prácticas, estereotipos y orientaciones aceptadas socialmente- es definido a partir de la moral sexual hegemónica. En este sentido, la condena de lo “anormal” -una mujer que tome la iniciativa- funciona como horizonte regulador de las prácticas (Foucault, 2001, Rubin, 1986). Como señala Daniel Jones (2010), dichos horizontes ordenan, clasifican y diferencian prácticas y subjetividades, aludiendo a la trasgresión de la norma y a partir de la definición de una “reputación”.

A pesar de las transformaciones a lo largo del tiempo, en los discursos de los entrevistados se encuentran algunas similitudes con los estereotipos y condicionamientos observados en nuestro país en décadas previas (Cosse, 2010). Si bien en la actualidad se habla más abiertamente de la sexualidad y se observan algunas prácticas novedosas, las reglas siguen siendo más estrictas y se observan con mayor fuerza para las mujeres jóvenes.

“Cuando empecé a ir a boliches mamá me decía: “cuidá la imagen, hija, nunca estés con muchos chicos porque después te hacés la fama” (risas)... y tenía razón después todos hablan de vos...” (Lucía, 16 años).

Distintas jóvenes entrevistadas sostuvieron haber tomado el imperativo de la fidelidad de las directivas de sus padres. Estas directivas no sólo condicionan su accionar sino que también actúan como dispositivos de control. Sin embargo, no incorporan de forma directa las nociones del discurso de la generación anterior. Su apropiación por los jóvenes supone también una transformación. Por una parte, cambia el lenguaje; por otra, cambian los temas de conversación: esta misma entrevistada, más adelante, habla de sus relaciones sexuales, temática tabú para la generación de sus padres.

Las asimetrías de género son comunes tanto entre los sectores medios como en los sectores populares. Como han observado Pablo Semán y Pablo Vila (2011), a pesar de que en los sectores populares las normas parecen ser más flexibles para las jóvenes, su conducta es también evaluada en términos desiguales. En el marco de la bailanta, las mujeres pueden vestir poca ropa, bailar sensualmente y tomar la iniciativa, pero son doblemente juzgadas por “pobres” y “putas”.

Por otro lado, la moral sexual hegemónica no es vista del mismo modo por jóvenes de distintos sectores sociales. Como han observado Martín y Silba, (2011), en sectores populares del conurbano bonaerense, los jóvenes tienen una mirada ambivalente respecto de dichas normas. Mientras que los varones las aceptan y refuerzan, las mujeres las cuestionan -sintiéndose halagadas por las letras de cumbia que hacen referencia a su cuerpo y a la vez ofendidas cuando son calificadas como “putas”-. En cambio, los entrevistados, tanto varones como mujeres, toman esta moral sexual de forma acrítica y la reproducen en sus prácticas.

Tomando a Robert Connell (1995), puede decirse que no sólo existen feminidades hegemónicas, sino también “masculinidades hegemónicas”.⁸ Entre los jóvenes entrevistados, esto implica que un varón debe ser el que toma la iniciativa en un encuentro amoroso (que debe ser heterosexual), y debe mostrarse viril y fuerte. En ese sentido, el estereotipo de varón implica tomar la iniciativa: debe ser él quien inicie las conversaciones por las redes sociales y dentro del boliche, y un elemento central es que tenga numerosas conquistas sexuales. A su vez, debe saber “seleccionar” a sus compañeras sexuales, que deben ser “chicas bien”, flacas y consideradas “lindas” por sus amigos.

El “poder masculino”, cerrado coercitivo y unificado, reproduce la hegemonía masculina heterosexual y viril (Demetriou, 2001). Este estereotipo de masculinidad presiona y les inspira temor a los jóvenes entrevistados.

“Tenés que encarar, si no... como que quedás como un puto (risas)” (Lorenzo, 16 años).

“Nosotros también tenemos miedo de ser rechazados... todo cae en nosotros (risas)” (Tomás, 17 años).

Las masculinidades no tienen un carácter fijo, sino que se construyen de forma relacional. En este sentido, entre los entrevistados, el modelo de masculinidad a seguir

⁸ Pierre Bourdieu en “Dominación Masculina” analizó los mecanismos de reproducción de la dominación masculina en la sociedad tradicional de la Cabilia.

toma forma frente a los estereotipos de feminidad, y en particular, respecto de la “liberalización” de la sexualidad femenina. Las miradas sobre estos estereotipos de género varían en distintos sectores sociales. Como han observado Pablo Vila y Pablo Semán (2011), en los sectores populares el estereotipo de hombre define un rol activo, polígamo y fuerte para ellos. Los varones de estos sectores se oponen al rol activo en las mujeres, y por ende, a la liberalización de la sexualidad femenina.

En cambio, si bien los varones entrevistados en la presente investigación aceptan su rol activo, manifiestan que puede resultarles pesado, y a diferencia de los jóvenes de sectores populares, sostienen que quisieran que ellas tomaran la iniciativa. Sin embargo, su actitud hacia la liberalización de la moral sexual es ambivalente. Aun cuando desearían que ellas tuvieran un papel más activo, cuestionan a aquellas jóvenes que efectivamente lo adoptan.

Por otro lado, dicha liberalización no implica un abandono de la dualidad de la moral sexual para varones y mujeres: mientras el número de parejas ocasionales para ellos resulta proporcional al prestigio que obtienen entre sus pares, para ellas, esta relación es inversa. Las jerarquías sexuales definen las conquistas de los varones como expresiones de masculinidad (a mayor número de conquistas, mayor virilidad), mientras que divide al universo femenino entre “virgas” y “putas” (Gutmann, 2000). Los varones entrevistados, por ejemplo, clasifican a las mujeres a partir del número de relaciones ocasionales que tuvieron.

“O sea hay minas que se te tiran pero nunca las vas a tomar en serio... si ya empiezan así... ni hablar las que están con varios en una noche... son medias... ehh... cómo decirlo... trolas (risas)” (Tomás, 16 años).

“Hay chicas que se ponen en pedo y encaran, pero esas no cuentan como chicas... son chicas pero no sirven... No sirven” (Lorenzo, 17 años).

En esta última cita se puede observar que se define a las mujeres a partir de una actitud pasiva. En ese sentido una mujer que toma la iniciativa “no sirve” ya que no otorga prestigio entre los pares. Así, las jóvenes aparecen como objetos que poseen distinto valor de acuerdo al grado de acatamiento de las normas. Los varones no son los únicos en reproducir estos estereotipos. En general, las entrevistadas no consideran aceptable que sus pares inicien el encuentro amoroso. También ellas tienen una mirada ambivalente respecto de la “liberalización” sexual de las mujeres.

“Encaran más los chicos, por suerte, por ahora (risas)... Igual cada vez es peor...” (Violeta, 16 años).

“Depende en qué sentido encarás. Si te gusta un amigo y le decís, bueno. Ahora, si estás en un boliche y te le tirás encima, no me parece... Sobre todo si sos mujer...” (Jorgelina, 16 años).

“Yo salgo y no estoy con chicos por estar. Si estoy es porque pasa algo...si no, sos cualquiera” (Mariana, 17 años).

Los estereotipos femeninos también permiten diferenciar entre las “mujeres de una noche” y aquellas que “son para siempre”.

“Es así hay dos tipos de chicas: las que te gustan y las que te pueden gustar. Las que están buenas son las que son para una noche... y las que te gustan son para siempre, bah, por un tiempo, digamos las “no gatos”... las más rapiditas son para una noche... y después la chica que te gusta en serio es la que tenés que hablarle toda la semana, remarla para poder agarrártela.” (Lorenzo, 16 años).

“Hay chicas que son para una noche. Es así. O sea, medio que las usás... y después algunas que te enganchás y que por ahí terminas en algo” (Tomás, 16 años).

Entre las jóvenes entrevistadas, los estereotipos de género también juegan un papel clave en la clasificación de las parejas potenciales. Ellas distinguen a los chicos “serios” de los “piratas”, basando esta clasificación principalmente en la fidelidad. Los varones serios son aquellos que han tenido algunas relaciones amorosas y han sido fieles. Por el contrario los “piratas”, también llamados por las entrevistadas “básicos”, son aquellos que poseen parejas ocasionales y no establecen relaciones formales.

“Hay chicos básicos para mí y otros que son diferentes... Los básicos te encaran y los diferentes, cuando sentís de verdad, es más difícil...” (Jorgelina, 16 años).

Ahora bien, cuando ellas son tomadas como “chicas de una noche”, asumen ese rol sin cuestionárselo. Sin embargo, ningún entrevistado –varón o mujer- manifestó que los hombres pudieran ser “chicos de una noche”. Si ellas son quienes eligen antes del primer encuentro, ellos son los que deciden si continuar o no con la relación. De acuerdo a los estereotipos de género dominantes, ellas siempre deben querer continuar y formalizar la relación.

Por otro lado, a diferencia de lo que ocurre entre las jóvenes -que juzgan a sus pares con los mismos criterios con los que las evalúan los varones-, la condición de “pirata” que es valorada negativamente por las mujeres, aumenta el prestigio de un joven entre otros varones.

“Y si una chica que esta con tres en una noche es una puta un chico que esta con tres es un crack y más si están buenas... es la ley.” (Lorenzo, 16 años)

En este apartado se observa cómo los estereotipos de mujer y varón definen un rol activo para ellos y un rol pasivo para ellas, reforzando así las asimetrías de género, marcando los papeles esperados para unos y otras. En la siguiente sección se señalará cómo estos estereotipos operan en la definición de los atributos de las parejas potenciales. ¿Cómo se eligen las posibles parejas, ocasionales o no? ¿Cuáles son las cualidades que se priorizan en otros jóvenes? ¿Qué elementos se tienen en cuenta a la hora de comenzar a interactuar?

❖ ¿Qué ves cuando me ves?

Como han mostrado otras investigaciones (Jones, 2010), el aspecto físico es uno de los criterios principales en las elecciones de pareja entre los jóvenes. Sin embargo, otras cualidades también resultan centrales, en especial, cuando se trata de entablar una relación.

“Te tiene que gustar físicamente primero, y después la empezás a conocer, no digo amor a primera vista, pero me tiene que parecer linda de una...” (Valentino, 17 años).

“O sea, obvio que lo primero que te atrae es el físico, pero por adentro puede ser un sorete y decís “bueno chau”. O sea, importa el carácter del otro” (Lucía, 15 años).

“Hay minas que están buenas pero si son muy huecas ya fue, no les das más bola” (Tomás, 16 años).

En las redes sociales esta dinámica se ve reflejada a través de los “Me gusta” que se indican sobre fotos, publicaciones y/o comentarios de las personas por quienes sienten atracción. En este aspecto, no se encuentran diferencias: tanto varones como mujeres eligen a quién aceptar en Facebook y a quién acercarse por su aspecto físico. Una vez que los conocen, deciden si continuar o no el cortejo.

“Acepto chicos que no conozco y les pregunto ¿te conozco?, y ahí empezar a chamuyar, más que nada si te agrega y es lindo (risas)” (Juana, 16 años).

Ahora bien, el aspecto físico está atravesado por la clase social a través de elementos como la vestimenta, los gestos, el corte de pelo, la silueta, etc. En su mayoría,

los entrevistados forman parte de sectores medios: asisten a colegios privados, sus padres son empleados o comerciantes, habitan una vivienda que es propiedad de sus padres, ubicada en barrios residenciales. En términos bourdieanos comparten un *habitus* propio de su clase que incluye valores, representaciones comunes, y buscan distinguirse de jóvenes de otras clases sociales (Bourdieu, 1968).

En el momento del cortejo, estas distinciones se observan en la selección de una pareja (ocasional o no). En el siguiente fragmento, se pone de manifiesto cómo el aspecto físico y la clase social de las parejas potenciales juegan un papel relevante en la construcción de jerarquías entre pares.

“Cuidás la imagen además porque tienen que ser chicas de nivel o sea tienen que estar buenas... Si de doce te comiste once gordas quedas como un boludo no como un crack... Lo mismo si es grasa o no es de tu círculo (Lorenzo, 16 años).

“Y... no es lo mismo agarrarte una del San Alberto que de la n°10 no sé (risas) es como que quedás peor con tus amigos “(Tomas, 17 años).

Distintos entrevistados manifestaron la importancia de acercarse a una chica “bien”, que no sea “grasa”. Con estos términos, los entrevistados se refieren a quienes no asisten a colegios privados, no frecuentan boliches o matinées, tienen otros gustos de vestimenta y música. Existen diversas formas de clasificar los estratos sociales, ya sea por el salario, consumo, barrio de pertenencia, formación académica, entre otras. Los entrevistados clasifican a los otros jóvenes de acuerdo al consumo -de vestimenta, música, lugares de sociabilidad que frecuentan, etc.-. En dicha clasificación, el lenguaje ocupa un sitio central, en tanto algunas muletillas sirven para diferenciarse de jóvenes de otros sectores sociales, y relacionarse con quienes son identificados como de la misma clase.⁹

En esta línea, se ha señalado que la raza, el grupo étnico, la religión, la educación y clase social tienen un fuerte peso en la conformación de parejas aún en la actualidad, en un proceso de “homogamia social” (Segalen, 2013). En nuestro país, estudios recientes observan que la elección de una pareja no es aleatoria y que la clase social de pertenencia es un aspecto relevante, en especial entre las parejas más jóvenes y entre

⁹ Si bien hay algunos productos culturales que atraviesan distintos sectores sociales, su consumo es diferenciado. Los entrevistados, por ejemplo, escuchan cumbia, un género musical surgido de contextos populares. Ahora bien, aunque personas socialmente desiguales y culturalmente diferentes pueden compartir algunos consumos culturales, el sentido que asignan a esos productos es diferente (Silba y Martín, 2011). A pesar de consumir cumbia, lo hacen sólo en ciertos contextos: los entrevistados prefieren otra música, música “seria”.

los sectores más acomodados (Rodríguez, 2011; Jorrat, 1999). En su mayoría los entrevistados han manifestado que de no podrían sostener una relación con una persona de otro sector social.

Ahora bien, ¿en qué situaciones esta diferencia es más notoria? Tomando a Erving Goffman (2006), podemos sostener que las identidades son dinámicas: los sujetos actúan conforme al contexto acentuando aquellos atributos que consideran adecuados en cada caso. En este sentido, en algunos espacios, como los bailes, los jóvenes exponen lo “mejor” de sí, a partir de códigos que los identifican como de clase media. Cómo se visten, peinan y maquillan, son algunos de los modos de construir una “fachada” que los diferencie de otros jóvenes (los “grasas”). Dichos elementos se adaptan a distintos espacios de sociabilidad, que también están diferenciados por clase y condicionan el cortejo.

Los estereotipos de género ocupan un lugar relevante en el cortejo entre jóvenes. Dichos estereotipos imponen un papel activo para ellos y uno pasivo para ellas. Aquellas mujeres que buscan romper con estos esquemas son ubicadas en los sitios más bajos de las jerarquías sexuales dentro del sistema sexo-género (Rubín, 1986). Si las mujeres son clasificadas entre “serias” y “putas”, el estereotipo masculino del varón activo también condiciona las prácticas de los jóvenes.

Existen diferentes posicionamientos frente a estos estereotipos. Mientras en los sectores populares, las mujeres miran críticamente la moral sexual hegemónica, los varones se ven amenazados por una posible “liberalización” femenina. En cambio, en los sectores medios, ellas asumen estas reglas de forma acrítica, mientras que ellos desearían tener menos responsabilidad en la primera etapa del cortejo.

Respecto a la elección parece que los aspectos físicos siguen siendo esenciales en un primer encuentro pero no suficientes para entablar una relación. Ahora bien, el aspecto físico se define, entre otras cosas, en relación a una identidad de clase. Por otro lado, como muestro en el siguiente capítulo, el lugar en que se desarrolla el cortejo también incide en la conformación de una fuerte homogamia social.

Capítulo 4

Bailes, redes sociales y homogamia social

Espacios de sociabilidad y cortejo

En este capítulo analizo los espacios de sociabilidad donde se llevan a cabo las interacciones propias del cortejo entre los jóvenes, tanto personales como virtuales. Indago cómo, cuándo y dónde se conocen los jóvenes entrevistados. El capítulo tiene dos apartados. En el primero, me centro en los espacios donde los entrevistados interactúan cara a cara. En el cortejo, los espacios de sociabilidad definen el grado de compromiso en la relación. En particular, me detengo en los bailes. Ya sea por su ubicación o la privacidad, los boliches y previas son los ámbitos más elegidos por los jóvenes para relacionarse. ¿Cuáles son sus reglas? ¿Cuáles son las conductas permitidas para ellos y para ellas? Los espacios de sociabilidad distinguen las clases sociales, reproduciendo también la homogamia social. Además, analizo el temor de los jóvenes a ser rechazados y su relación con el consumo de alcohol.

En un segundo apartado, me detengo en la relación de los jóvenes con las nuevas tecnologías y, más específicamente, con las redes sociales. Frente a los análisis que enfatizan las interrupciones generadas por las nuevas tecnologías, me pregunto en qué medida las pautas observadas en las interacciones cara a cara tienen un correlato en el espacio virtual. En este sentido, indago qué papeles son aceptados en la arena virtual y cuáles son las reglas de las interacciones a través de la pantalla.

❖ Vas a bailar...

Los espacios de encuentro entre jóvenes han recibido una intensa atención desde las ciencias sociales (Bozon, 1987 citado en Segalen, 2013)¹⁰. En los años setenta, Alain Girard (1974, citado en Segalen, 2013) mostró que cada ámbito social posee lugares propios que permiten que los jóvenes se conozcan, encuentren y elijan. Los lugares de sociabilidad ejercen un control dado por la marcación sociológica. En la actualidad, en buena medida los jóvenes se siguen conociendo mayoritariamente en bailes y siguen eligiendo a sus parejas dentro del mismo grupo social al que pertenecen. Se ha señalado que la homogamia social es más marcada en los sectores más altos de la sociedad (Segalen, 2013).

Algunos estudios locales muestran que la homogamia social también está presente en nuestro país en los sectores populares y medios (Rodríguez, 2011). Específicamente Pablo Semán y Pablo Vila (2011) han estudiado las interacciones de los jóvenes de sectores populares en el marco de las bailantas. Estos autores afirman que los jóvenes se eligen entre sí priorizando atributos vinculados a la clase social.

En este estudio, los bailes también son un espacio fundamental para el encuentro de los jóvenes. Los lugares a los que asisten están atravesados por clasificaciones y reglas diferentes según la edad, el sector social al que pertenecen y el género. La mirada de sus pares, la presencia de adultos, la oscuridad, el consumo de alcohol, entre otros elementos, delimitan espacios con distintas reglas en los cuales el cortejo adopta diferentes formas y adquiere diversos sentidos. Los jóvenes resaltan la importancia del lugar donde ocurre el primer beso en una relación, diferenciando espacios de poca “seriedad” -como son los boliches bailables-, de lugares que implican un mayor compromiso -en el barrio o en el centro de la ciudad-.

“Yo creo que las relaciones en serio no empiezan en un boliche, como que no vas a conocer un chico que sea tu novio en un boliche, para mí es muy difícil, qué se yo, con uno que ves en un boliche que te demuestra ser cualquiera, cero formal para mí no vas a estar en una relación seria... para mí” (Martina, 15 años).

“El boliche es para agarrártelo y chau, un “*touch and go*”¹¹” (Juana, 16 años).

¹⁰ Michel Bozon (1987, citado en Segalen, 2013) analiza la distribución de los lugares de encuentro del cónyuge en Francia en el periodo de 1914 -1984 afirmando que el baile era el lugar más frecuente (con un 20%). Los resultados son extraídos de la Encuesta “Elección de cónyuge para el periodo 1914-1979” y Encuesta “Formación de las parejas”, para el periodo 1960-1984.

¹¹ “Touch and go” es una frase coloquial que significa “toco y me voy” que refiere a los encuentros ocasionales sin compromiso.

Los diferentes espacios de sociabilidad moldean las interacciones y lazos que se forman entre los jóvenes. Así, mientras que en el boliche está permitido un “*touch and go*”, es decir, un encuentro que finaliza allí, la escuela implica mayor formalidad. Por un lado, muchos de los entrevistados concurren al colegio con sus hermanos o primos y hacer visible una relación ante la familia supone una mayor formalidad. Por otro lado, al hacerse público en la escuela, distintas personas de su entorno comienzan a realizar bromas y difundir chismes sobre esa relación. En cambio, las interacciones en los boliches no necesariamente son difundidas ni implican un compromiso. Para los entrevistados, el compromiso de la relación se define a partir del lugar del primer encuentro amoroso, y de la frecuencia de la interacción posterior.

“Si es uno que te chapaste una vez no te lo tomás muy en serio... Sacando que te hable todas la semanas” (Violeta, 16 años).

“Si te habla después de chapar quiere algo serio, a no ser que te hable sólo el sábado (risas) ahí sos la fijita” (Juana, 16 años).

“Si sos “la fijita” te habla el sábado para chapar a la noche... sos la fijita del fin de semana (risas) hay un grupito que son las fijitas...se aseguran que vas a estar entonces te hablan el sábado para chapar en el boliche...” (Violeta, 16 años).

“Todo depende si es de día o de noche... Una chica que te gusta en serio que querés formar una relación la vas tratando de a poco y un día cuando ves que te da bola te le tirás... En cambio si es una chica que te gusta sólo para una noche... Te le tirás de una” (Lorenzo, 17 años).

En particular en la ciudad de Mar del Plata existen varias zonas con lugares con boliches bailables. Por un lado, están los boliches de zona Constitución en donde se encuentran las *matinéas*. Por otro lado, la zona de La Normandina existen espacios destinados a un sector mayor de edad y de clase media - alta. Luego, hay algunas bailantas sobre las Avenidas Luro y Colón, a las que asisten principalmente jóvenes de sectores populares. A su vez, los entrevistados asisten a previas¹² y/o fiestas privadas en las que participan menos personas, que suelen ser conocidas entre sí. Estos espacios de sociabilidad se diferencian no sólo a partir de las zonas donde se encuentran, sino también a través de la vestimenta que se debe usar para asistir, la música que se ofrece y los horarios a los que cierran.

¹² Las previas son las reuniones entre jóvenes que se realizan “previamente” a llegar al boliche en las cuales toman alcohol, hacen juegos, escuchan música y se conocen. En general, la previa se arregla entre un grupo de chicas o chicos con otro grupo del sexo contrario.

En relación al cortejo, que un joven asista o no a bailar resulta definitorio para continuar una relación. En su mayoría los varones son quienes sostienen que es de suma importancia que las jóvenes salgan a bailar ya que el boliche (por su informalidad, música, etc.) es el lugar principal donde pueden interactuar. El cortejo, puede comenzar de distintas maneras (que incluyen las interacciones virtuales), necesariamente conlleva encuentros en algún boliche o previa.

“Y tiene que ir a bailar, sino ¿cómo haces?...o sea a no ser que sea amiga de un amigo y te reunís a veces pero es más difícil. Para una amiguita no... o sea ¿cómo empiezas sino?” (Valentino, 18 años).

Tanto mujeres como varones sienten temor a ser rechazados. En este sentido el consumo de alcohol fue una dimensión que emergió de las propias entrevistas. Dentro del boliche, los jóvenes manifiestan que el alcohol incide en la forma en que llevan se acercan a otras personas, tanto para las mujeres como para los varones, marcando y justificando una mayor desinhibición:

“Te le podés llegar a tirar si estas ebria (risas) pero queda ahí” (Martina, 16 años).

Esta práctica es valorizada de diferente manera para varones y mujeres. A pesar de que en nuestro país el consumo de alcohol está prohibido a menores de 18 años, los jóvenes se valen de él para aminorar su timidez. Para las mujeres, tomar alcohol implica ser juzgadas por sus pares: si lo hacen, se las ridiculiza. Las normas en el alcohol son distintas para ellas que para ellos: si una mujer alcoholizada es juzgada negativamente, la ebriedad en los varones está normalizada y aceptada.

“Una chica en pedo que se te tira, eso nunca lo podría tener como novia, porque para una noche bueno... pero sabés que si esta así ahora si se pone de novia conmigo después va a ser lo mismo con las amigas...o sea trola” (Lorenzo, 16 años).

Desde la mirada de sus pares, una joven que consume alcohol en exceso pierde “seriedad”, y por ende, no podría ser elegida para un noviazgo. De esta manera la preocupación central de los jóvenes en relación al alcohol es cómo afecta su “reputación” –vinculada a los estereotipos de género y a la moral sexual- que genera su consumo en su entorno.

“Las chicas en pedo se agarran muchos en una noche... Pero después el lunes en el colegio quedan re mal” (Juana, 15 años).

En este fragmento, el colegio aparece como un espacio de sociabilidad con reglas más estrictas y de mayor seriedad. Mientras que en el boliche, la ebriedad puede no ser juzgada negativamente, la misma tiene efectos más allá de ese espacio. En el colegio, por ejemplo, esa conducta se hace visible y es evaluada. Más allá de las previas y los boliches, el colegio es también un lugar de interacción juvenil. Sin embargo fueron pocos los que lo mencionaron como un espacio de cortejo. En el espacio educativo se desarrollan las relaciones serias, es decir, allí pueden conocerse, pero el acercamiento se produce por fuera del colegio. La escuela es el escenario donde se visualizan las relaciones ya formalizadas.

De esta manera los espacios de sociabilidad permiten diferenciar lazos de mayor o menor compromiso. A su vez refuerzan el rol activo en los varones y un rol pasivo en las mujeres. Las previas aparecen como espacios que otorgan cierta privacidad incluso dentro del hogar. En general, los jóvenes asocian el alcohol a la desinhibición manifestando que tanto varones como mujeres tienen temor al rechazo. Por otro lado no sólo los encuentros personales conforman espacios de sociabilidad, la aparición de las redes sociales conforman nuevos escenarios para los encuentros (Heilborn, Cabral y Bozon, 2006). Ahora bien, estas reglas ¿tienen un correlato en las interacciones de los jóvenes en el espacio virtual?

❖ ¿Te agrego o me agregás?

Las nuevas tecnologías y las redes sociales como el *Facebook*, *Twitter*, *Whatsapp* o *Blackberry Messenger* fueron temas recurrentes en las entrevistas a los jóvenes. Los entrevistados destacan las redes sociales como espacios de cortejo y de interacción con otros jóvenes. En algunos casos por timidez o vergüenza, encuentran en la pantalla el modo de relacionarse con compañeros de colegio o del barrio por los que sienten una atracción. La virtualidad les permite establecer un contacto sin la presencia de otros jóvenes, que puede ser inhibidora. Las redes sociales también permiten conocer gente “nueva”. Además, en el mundo virtual es más fácil eludir la mirada de los padres y otros adultos, lo que implica mayor privacidad para los jóvenes.

De acuerdo a un estudio publicado por el Ministerio de Educación de la Nación (Pini, Musanti y Kaufman, 2012), en 2010, el 80% de los usuarios de las redes sociales de todo el mundo tienen entre 12 y 30 años. En nuestro país, la frecuencia de uso de estas redes es muy alta, ya que el 50% de los adolescentes las visitan a diario. Por otra

parte, un estudio recientemente realizado a nivel nacional mostró que el 76% de los jóvenes encuestados -de 12 a 20 años- usa Internet en su celular (Delgado, 2013).

El principal uso que los y las adolescentes hacen de Internet es con fines vinculares. El 43% de los encuestados en el estudio mencionado se encontró de forma presencial con alguien que conoció por Internet: el 25% se contactó con personas que no conocía y el 14% dio su número de teléfono o dirección a un desconocido (Delgado, 2013). En este sentido, las redes sociales acortan las distancias y permiten que sus usuarios estén conectados con otras personas –en este caso, otros jóvenes- mientras están realizando distintas actividades.

En las entrevistas realizadas en el marco de la presente investigación, en su mayoría, los jóvenes sostuvieron que el uso de los celulares y las redes sociales facilita el cortejo, ya que acorta sus tiempos, haciendo más sencilla la continuidad de la relación. Ya sea por *Facebook*, *Whatsapp* o *Twitter*, es necesario enviar señales indirectas que muestren interés por el otro joven.

“Todo empieza cuando hablás con una persona por alguna red social...Y después el chico te pregunta a dónde salís y le decís y se encuentran todos los sábados y van hablando en la semana...” (Violeta, 16 años).

“Capaz que tenés una conocida de una conocida que tenés en Facebook vaya a saber por qué, y nada, empezás a hablarle...Vas con “me gusta” y eso armando el camino (risas)” (Lorenzo, 16 años).

Si bien las redes sociales aparecen como un disparador para conocerse, los encuentros virtuales no desplazaron a los encuentros cara a cara. La interacción en las redes sociales y personales son paralelas y se retroalimentan. Los entrevistados generan lazos en el colegio o en el barrio y utilizan las redes para afianzar el vínculo. Las nuevas tecnologías aparecen en el cortejo luego de la interacción cara a cara o al menos de conocer de vista al otro joven. Son pocos los casos en los que comienzan a interactuar sin ninguna referencia previa. En efecto, se ha mostrado que en nuestro país el 77% de los adolescentes prefirieron agregar como “amigos” personas ya conocidas.

“Todos nos conocemos en nuestro grupo. Entonces es como que siempre tenés fichado a la otra persona, sabés a dónde van y la gente se va juntando en diferentes lugares que va siendo que se vayan conociendo y bueno...después sí lo agregas al Facebook si te gusta” (Violeta, 16 años).

El acceso a las TICs se diferencia de acuerdo al género. Según la Encuesta Nacional de TICs (Pini, Musanti y Kaufman, 2012), los varones de sectores medios utilizan con más frecuencia Internet que las mujeres. En cuanto al aprendizaje en el uso de TICs hay un mayor porcentaje de varones autodidactas, mientras que las mujeres los superan en el aprendizaje formal (Albarello, 2004). En las mujeres es frecuente que un varón con quien tienen algún vínculo afectivo les enseñe el uso de TICs, mientras no es habitual encontrar esta situación a la inversa.

El acceso diferencial de las nuevas tecnologías tiene un correlato en los usos que varones y mujeres hacen de las redes sociales. En este sentido, si las interacciones en el espacio virtual presentan algunas diferencias respecto de las desarrolladas cara a cara, también muestran fuertes similitudes. Por una parte, en las redes sociales, las mujeres tienen un papel más activo: pueden agregar amigos, poner “me gusta” en una foto o iniciar conversaciones sin ser juzgadas: allí, es más fácil eludir la mirada de los adultos y de otros jóvenes, lo que otorga mayor privacidad. Sin embargo, existen otros condicionantes. Por ejemplo, publicar una foto de cuerpo entero, tener demasiados “Me gusta” en sus fotos, o aceptar como amigos en *Facebook* a personas desconocidas, son prácticas valoradas negativamente, que inciden sobre cómo una joven es vista por sus pares. Esto también ocurre entre los varones:

“El Whatsapp y Twitter se usan para ver de quien habla si de vos o no jajajaja casi siempre te pasa que te enteras por Twitter que gusta de vos y es horrible, es de maricón jajajaja igual a mí me gusta muchísimo más el cara a cara” (Antonella, 17 años).

En este último fragmento, la noción de “maricón” permite diferenciar a quienes se comportan de acuerdo a lo esperado y quiénes no. Como se observó en el capítulo anterior, la figura del “maricón” es el revés de la de la “puta”, en tanto ambas funcionan como horizontes reguladores de las prácticas de los jóvenes, tanto en las interacciones cara a cara como en el mundo virtual. En este sentido, la tecnología llega a la vida de los jóvenes pero no en un único sentido, ni implica siempre una disrupción. En muchos casos, las nuevas tecnologías son usadas con lógicas que muestran una fuerte continuidad con las prácticas preexistentes.

Del mismo modo, en el siguiente fragmento, se observa cómo prácticas de otras generaciones, como el “chisme” y el “boca a boca”, siguen siendo utilizadas para hacer público el interés por otro joven. A diferencia de lo observado por Patricia Schwartz (2013) en relación a los cambios introducidos por las nuevas tecnologías en la militancia de los jóvenes, en el marco del cortejo, las nuevas tecnologías facilitan la interacción,

pero no modifican de manera radical las prácticas previas. El chisme como dispositivo de control, por ejemplo, se transfiere a la arena virtual. Sin embargo, algunas dimensiones – como por ejemplo lo visual- cobran mayor importancia en la arena virtual. Los álbumes de fotos, sus “me gusta”, y comentarios tienen significados propios entre las interacciones de los jóvenes, además de una difusión masiva e impensada en generaciones previas.

“Si me gusta alguien se lo hago saber indirectamente, se lo cuento a un amigo que es bocón para que se entere y después se me hace más fácil hablarle... si me responde es porque algo le gusta... igual depende... si te gusta mucho como que querés cuidarla un toque más para hablarle y no le hablás por Blackberry, espero un cara a cara... hacés el buena onda el que te gusta lo mismo que ella (risas)... y esas cosas” (Lorenzo, 16 años).

Las redes sociales permiten graduar el nivel de compromiso. Los encuentros cara a cara son valorizados como propios de una relación con un mayor nivel de compromiso. En concordancia con otros estudios realizados en el Gran Buenos Aires y en la Capital Federal (Schwartz, 2013), los jóvenes entrevistados para esta investigación plantean que las redes sociales les permiten conocer superficialmente a otra persona, saber sus gustos, ver a qué eventos concurre, su ideología y hasta su familia. Sin embargo, el contacto cara a cara prevalece cuando se busca profundizar el conocimiento del otro.

“No soy de hablar en Facebook del amor, es hermoso verle los ojos la cara es más sincero te das cuenta de todo” (Antonella, 16 años).

“Yo no confié de conocer alguien por Facebook pero hay personas que terminan en algo serio no se... yo prefiero más el cara a cara” (María, 16 años).

En coincidencia con lo observado por Mendes Diz (2013) si bien los jóvenes hacen dialogar las realidades virtuales con los encuentros cara a cara, a la hora de comunicar algo afectivamente privilegian esta última vía sin mediaciones tecnológicas. Algunas entrevistadas incluso consideran que es una desventaja el uso de las tecnologías en el cortejo.

“Yo prefiero el cara a cara pero todo el mundo prefiere el Facebook se perdió la charla en la cara, cada vez menos... Yo prefiero mil veces el cara a cara pero no se da más, a los vergonzosos les funciona como atajo digamos” (Jorgelina, 17 años).

En el espacio virtual, tanto las mujeres como los varones manifiestan su temor a ser rechazados. Los jóvenes se sienten presionados por tener que tomar la iniciativa y a la vez buscar un equilibrio entre mostrar interés y no parecer cargados. Como se mostró anteriormente el consumo de alcohol se relaciona estrechamente con este temor.

“Le hablás por Facebook o chat del BlackBerry pero no hay que ser ni un bobo ni el toro, un punto medio para no quedar denso tampoco...” (Lorenzo, 18 años).

Esos temores se manifiestan tanto en las interacciones cara a cara, como en el espacio virtual. Sin embargo el mundo virtual permite que jóvenes que no se consideran preparados para un compromiso cara a cara puedan hacerlo virtualmente. En este sentido, distintos entrevistados afirmaron que si bien las nuevas tecnologías siguen acentuando las diferencias, colaboran a que las personas tímidas puedan relacionarse. Ya sea por la comodidad del hogar o por el tiempo que pueden tomarse para responder, el mundo virtual funciona como la opción más utilizada por los jóvenes para continuar interactuando después del primer encuentro.

“En el Facebook hay personas que te agregan y ya te tiran palos y por ahí cara a cara nada... Pero yo soy de las personas a las que no les gusta eso...” (María, 16 años).

“Y el Facebook te ayuda, a veces te da vergüenza tener que encarar chicas...” (Tomás, 16 años).

En este sentido, el escenario virtual es ideal para este juego sexo afectivo, en donde lo que se muestra y se sugiere son aspectos importantes (Schwartz, 2013). La seducción virtual también se organiza de acuerdo a roles construidos histórica y contextualmente, que actúan como estrategias de control social (Guasch, 2000). Sin embargo, las redes sociales plantean nuevos escenarios en los que pueden modificarse estas representaciones, aportando algunos elementos nuevos y cuestionando otros.

Teniendo en cuenta su estrecha relación con estas tecnologías se les preguntó a los jóvenes cómo fue su primer contacto con ellas. Ninguno de los entrevistados pudo recordar cuándo y cómo comenzaron a utilizarlas. Inclusive afirmaron no poder imaginar su vida, específicamente amorosa, sin las nuevas tecnologías.

“No puedo imaginarme...” (Tomás 17 años).

“Sería muy difícil” (Violeta, 16 años).

Sin embargo pese a ser una generación que nació con la presencia de las nuevas tecnologías, algunos de los entrevistados creen que su forma de relacionarse con otros jóvenes sin ellas sería mejor. La incorporación de las nuevas tecnologías y redes sociales en los jóvenes fue percibida como una desventaja por algunos jóvenes, no por la disminución en la frecuencia de la interacción cara a cara, sino por la aparición de nuevos

tipos de interacciones personales. Aunque la cantidad de tiempo compartido sea la misma, la calidad de la interacción no es la misma.

“Para mí sería lo mejor vivir sin el Internet y eso hace que las personas se comuniquen menos“(Lorenzo, 16 años).

El cortejo virtual también está atravesado por la homogamia social. En el caso particular del Facebook, los jóvenes aseguran que para aceptar a un “amigo” a su red social deben tener “amigos en común”. De esta manera, evalúan el círculo que comparten antes de decidir si relacionarse o no con una persona. La información del perfil en *Facebook* también es usada para clasificar a los otros jóvenes: se evalúa el colegio al que asiste, la edad, el tipo de fotos que publica. Todos estos aspectos permiten realizar una clasificación similar a la realizada en las interacciones cara a cara. En este sentido se puede afirmar que si bien las tecnologías habilitan nuevas prácticas o acortan distancias, sus usos no son totalmente disruptivos con las prácticas previas y con las interacciones personales.

En este capítulo analicé los espacios de interacción entre los jóvenes, poniendo en diálogo los espacios de interacción cara a cara y el del mundo virtual. En primer lugar, observé que los espacios de sociabilidad, marcados por diferentes reglas, permiten graduar la “formalidad” de una relación. Por otro lado, el lugar en que se desarrolla el cortejo, así como los atributos que se buscan en las parejas potenciales, también inciden en una fuerte homogamia social.

El mundo virtual presenta diferencias y similitudes respecto de las interacciones personales. Por un lado los jóvenes destacan la facilidad y necesidad de comunicarse por las redes sociales, así como también aseguran que les otorga libertad y reglas más flexibles. Por otro, enfatizan que siguen optando la interacción cara a cara y que prefieren estas situaciones.

Las nuevas tecnologías no suponen un cambio radical en las prácticas del cortejo entre los jóvenes. Por el contrario, en buena medida, reproducen dinámicas previas como la homogamia social y el chisme. Las figuras de la “puta” y el “maricón”, trabajadas en el

capítulo previo, tienen un fuerte peso tanto en las interacciones cara a cara como en el mundo virtual.

Capítulo 5

Amores y noviazgos

Culminación del cortejo y formalización de la relación

En este último capítulo, abordo las relaciones amorosas a las que puede dar lugar el cortejo. El capítulo está organizado en dos apartados. En el primero, observo cómo los jóvenes clasifican sus relaciones y la centralidad que adquieren en dicha clasificación la fidelidad y el rótulo “noviazgo”. En una segunda sección, examino las nociones de “amor” que pueden encontrarse en los discursos de los jóvenes entrevistados. ¿Qué elementos lo definen? ¿Qué tipos de amor identifican?

❖ Ser o no ser “novios”

Luego de varios encuentros, los jóvenes pueden decidir entablar una relación. Ahora bien, esto no implica necesariamente que haya un “noviazgo”. En esa instancia, los derechos y deberes que implica la relación no son claros y pueden dar lugar a conflictos. Es posible que se mantenga más de una relación simultáneamente y que esto no sea entendido del mismo modo por ambos jóvenes.

“Me ha pasado de estar con una chica llevarnos re bien pero no éramos nada... me vio con una en un boliche y me armó un escándalo jajá no es para tanto” (Tomas, 17 años).

El conflicto también puede aparecer en el grupo de amigos. Acercarse a una persona que tuvo una relación previa con un amigo o amiga puede ser motivo de discusiones. Ahora bien, también aquí hay fuertes diferencias de género: mientras las jóvenes afirman que no comparten parejas con sus amigas, los varones se piden permiso para acercarse a jóvenes que fueron parejas de sus amigos.

“No podés compartir con tus amigas chicos, no... Igual depende si está enamorada tu amiga y vos ya te o agarraste ya fue... Pero si es al revés, no, “salí de acá”. En cambio a los chicos les dan todo igual (risas)” (Antonella, 17 años).

“Se pregunta... si te importó mucho, no da que esté un amigo tuyo...” (Valentino, 18 años).

“Depende, si sabés que al otro le gusta en serio, te tiene que gustar mucho para agarrártela... si no tipo lo hablás ¿me la puedo agarrar? Y si no me importó... tipo sé feliz agarrátela” (Lorenzo, 16 años).

“En las mujeres hay más códigos... somos más estrictas en eso. Depende del grado de enamoramiento... O sea, si no pasó un tiempo, no estás con el de tu amiga, porque no.” (Martina, 16 años).

La ambigüedad se termina cuando los jóvenes formalizan su relación en un noviazgo, en el que la fidelidad se convierte en un deber evidente para ambos. Tanto las mujeres como los varones entrevistados afirman que es necesario el “título” para ser novios. Es decir no basta con estar juntos, ni con ser fieles: es necesario que decidan formalizar la relación.

“Por lo general estás en algo cuando te lo comiste varias veces y cuando estas mucho tiempo en algo y ya los dos no quieren estar con otros ni nada... Igual el flaco tiene que decir: ¿querés ser mi novia? Tiene que ser así...” (Antonella, 17 años).

Nuevamente, pueden señalarse algunos rituales y normas que presentan continuidades con los observados en otras generaciones. Si bien el “pedir la mano” o armar una cita para conocer a la familia ya no son prácticas habituales, existen otros pasos que los jóvenes identifican como necesarios para formalizar una relación. Entre los entrevistados, la proposición del varón a la mujer aparece como un rito sin el que el noviazgo no se formaliza.

“Por ahí ya conoce a tu familia pero tiene que pedirte de ser la novia, es así jajá” (María, 16 años).

“Y cuando ya estas hasta las manos terminas proponiéndole ser novios” (Lorenzo, 17 años).

La formalización puede indicar la intensidad de la atracción que sienten los jóvenes. Sin embargo, existen casos en los que los jóvenes formalizan por presiones de la otra persona, y no por motivaciones propias.

“Y las chicas te presionan y terminas accediendo (risas)” (Tomás, 17 años).

“Es subjetivo muchos por ahí a la semana como están re enganchados van de frente, pero otros no definen nada porque les gusta la mina pero les gusta ir de joda” (Lorenzo, 16 años).

En este sentido, la formalización de la relación tiene un valor diferencial para varones y mujeres. Si a ellas les otorga prestigio entre sus pares, a ellos, en cambio, se los quita. Para las jóvenes, el noviazgo es siempre el horizonte deseado de las relaciones. Esto es especialmente visible entre las entrevistadas más jóvenes (entre 15-16 años), que admiten estar a la espera de un noviazgo. No tener el título, implica un perjuicio. Ser “mujer”, para estas jóvenes, implica que la atracción debe ir acompañada de sentimientos amorosos y del anhelo de una relación monogámica (Jones, 2010).

“A mí me gusta estar de novia... pero estoy pensando en mis compañeras y los hombres son los que formalizan... no sé porque se callan [las chicas que sostienen relaciones informales]” (Lucía, 16 años).

“Las chicas te exigen que te pongas de novio (risas). En cambio, nosotros... depende... tenés que tener muchas ganas” (Tomas, 16 años).

En una investigación sobre jóvenes de sectores populares que ya citada, Daniel Jones (2010) concluye que las principales temáticas entre los adolescentes son las infidelidades, el hecho de besarse o tener sexo con parejas ocasionales. Jones observa que la noción de noviazgo supone para los jóvenes un pacto de monogamia, exclusividad sexual y fidelidad mutua para que continúe la relación. Estas dimensiones también fueron manifestadas por los jóvenes entrevistados en esta investigación.

“El hombre tiene que estar muy enamorado para no cagarte... somos más tranquilas las mujeres en eso... bah no sé, yo ya despotrico contra los hombres pero el hombre es más infiel en eso...” (Martina, 16 años).

“Todo depende de la chica, si es una cualquiera no la tomás en serio y podés estar con otras” (Valentino, 18 años).

La fidelidad resulta un elemento central en el noviazgo. Sin embargo, es evaluada de diferente forma por varones y mujeres. En su mayoría, las entrevistadas afirmaron que no entablarían un noviazgo con un varón que hubiera sido infiel a otra pareja. Sin embargo, los varones le restan importancia a sus infidelidades justificando que es “propio” de la edad. Mientras la infidelidad es altamente condenada entre las mujeres, para los varones es justificada. La “tentación” sexual es parte del estereotipo hegemónico masculino y, en este sentido, es más tolerada.

“Yo por lo menos a mi edad no puedo estar más de dos o tres meses mirando una chica y no mirando otras... ósea no , porque no.” (Lorenzo, 16 años).

Ahora bien, ¿qué significa “estar de novios”? ¿Los jóvenes consideran que esas relaciones pueden ser caratuladas como “amor”? ¿Cómo definen el “amor”?

❖ “Amor” ¿adolescente?

Si bien los anhelos de compromiso son variables, todos los jóvenes admiten que sus lazos deben tener formalidad para poder considerarse amor. Para los entrevistados, el “amor” implica mayor compromiso. En este sentido, tomando las categorías de Giddens (1995), la definición de amor que puede rastrearse en sus discursos es más cercana al “amor romántico” que al “amor confluyente”. En palabras de Giddens, el “amor romántico” refiere al amor heterosexual, monogámico y que implica un matrimonio. El “amor confluyente”, en cambio, es un amor más libre y de mayor diversidad.¹³ En los discursos de los entrevistados, se percibe con más énfasis la noción de amor romántico.

El acento puesto en el amor romántico y la vinculación entre amor y matrimonio es característica de las sociedades modernas, visible en películas, cuentos infantiles, series de televisión e inclusive juguetes de niños (Illouz, 2012). Esta representación se ve reflejada en los relatos de los jóvenes, que asocian las nociones de “amor” y “pareja” como elementos indisociables. En este sentido los jóvenes se refieren al amor romántico, fundado en el matrimonio heterosexual y monógamo (Giddens, 1991).

“Hay diferentes clases de amor. No es el mismo amor que unas personas que se van a casar... Como que es un amor adolescente” (Violeta, 16 años).

“Creo que el amor a mi edad no sé si es tan respetado... porque muchas veces se ponen de novios por ponerse de novios y se lastiman” (Martina, 16 años).

En este sentido, el matrimonio es una temática recurrente en las entrevistas en relación a la definición de qué es amor y qué no lo es. Si ser novios es la formalización del lazo entre dos jóvenes, el casamiento representa la culminación del amor. Distintas investigaciones han señalado que desde los años sesenta, el matrimonio ha dejado de ser la institución fundante de las parejas, aunque ha permanecido como su horizonte (Segalen, 2013). Resulta interesante observar que la proyección de futuro de los jóvenes

¹³ Esto también ha sido observado en otras investigaciones (Illouz, 2012).

entrevistados implica el matrimonio y que es a partir de ella que evalúan el “amor” de las relaciones presentes.

“Yo creo que podés tener novio pero no podés decir que estás enamorada porque no tenés ni idea de qué es ni de qué se siente... no sabés si te vas a casar ni con quién”(Nadia, 16 años).

“A esta edad no creo en el amor por ende en el casamiento lo mismo” (María, 16 años).

“Creo que en el amor de pareja pero de grandes creo que una vez que te casás y decidís con quien estar y a quién elegiste” (Antonella, 17 años).

La edad y el casamiento aparecen como dos elementos centrales a la hora de definir el amor, en especial entre las mujeres. A diferencia de lo que ocurría respecto del noviazgo, donde el rito de la propuesta ocupaba un lugar central, hablar de matrimonio para mis entrevistados es hablar del compromiso de una vida en común.

“No sé si casamiento pero el hecho de estar juntos y decidir con quién vas a estar el resto de tu vida” (Antonella, 16 años).

En este sentido, los modelos dominantes de feminidad marcan una subordinación de la sexualidad a la afectividad (Heilborn, Cabral y Bozón, 2006), donde el matrimonio es tomado como parámetro y sigue siendo considerando como meta final del amor.

A nivel general, los jóvenes consideran que existe el amor a su edad pero lo definen como “amor adolescente”, diferenciándolo del “amor adulto”. En un primer momento son las chicas las que con más énfasis se explayan sobre el amor, manifestando que su “edad” es un obstáculo para enamorarse. Afirman que al ser jóvenes, el amor en algún momento termina; en cambio, de adultos, la duración podría ser otra. En este sentido, la duración de la relación es un elemento decisivo para clasificarla o no como “amor”.

Respecto a sus experiencias previas, las mujeres que habían tenido noviazgos afirman que había sido amor pero “adolescente”. Algunas mujeres con malas experiencias (en las cuales las habían dejado o les habían sido infieles) manifestaron que en la adolescencia sus noviazgos eran “cariño” pero no amor ya que carecían de compromiso.

Al indagar sobre cuáles son las razones por las que terminarían una relación, en su mayoría afirman, tanto hombres como mujeres, que la infidelidad es una de las principales causas, ya que se consideran a sí mismos proclives a caer en “tentaciones”.

“Y... es difícil viste (risas) hay muchas tentaciones a esta edad... a no ser que te vuelva loco no es fácil estar sólo con una...” (Tomas, 16 años).

“Como que sabes que no va a durar hasta que te cases... porque te terminan cagando o poniendo cuernos (risas)” (Camila, 16 años).

“Estoy de novio como hace cuatro años,... pero mis amigos capaz quieren un poco más de joda y en unos años sí...” (Valentino, 18 años).

Por otro lado se observa en los jóvenes una concepción del amor efímero, considerando que por más que a se sientan enamorados no van a llegar al matrimonio con la persona con quien están en la adolescencia, con lo que la relación se terminaría. La noción del matrimonio asociado al amor es muy fuerte en estos jóvenes ya que el matrimonio para ellos “aseguraría” el amor (Das Neves, 2007).

El género, las experiencias amorosas previas y la edad inciden en las opiniones de los entrevistados. Entre las entrevistadas, las más jóvenes (15-16 años) tienen concepciones más románticas, mientras que las mayores (17 y 18 años) son más críticas con las relaciones amorosas. Por otro lado, mientras que las entrevistadas manifiestan que quieren seguir teniendo noviazgos, los varones en su mayoría prefieren estar solteros y mantener relaciones informales. Nuevamente aquí se presentan ambivalencias, sobre todo entre los varones, mientras que por un lado sostienen que prefieren no comprometerse, por otro lado manifiestan su anhelo de encontrar en unos años el “amor eterno”.

“Si lo toman con madurez y en serio, sí duran si no... están un tiempo pero no llegan a ser novios y tener título” (Juana, 15 años).

“Yo creo que a esta edad si no están realmente dispuestos a estar con una persona y comprometerse a lo que implica una relación a esta edad, no podes estar en una relación” (Violeta, 16 años).

En algún punto todos los entrevistados varones consideran que aunque han tenido noviazgos no pueden afirmar que fue “amor verdadero” o “adulto” ya que por falta de compromiso, en algunos casos, no duran más que unos meses. Excepcionalmente señalan que existen entre ellos algunas relaciones de años.

Asimismo, las jóvenes manifiestan sus “reclamos” hacia la falta de compromiso de los varones. De alguna forma las chicas siguen considerándose a sí mismas como las

“Susanitas”¹⁴ de la historia, buscando pareja estable y anhelando el casamiento, mientras los hombres son considerados los “piratas”¹⁵, que no buscan compromiso ni monogamia.

Tanto varones como mujeres luego de un tiempo de “cortejo” prefieren definir la situación. Los jóvenes afirman que según el compromiso pueden o no entablar una relación de noviazgo. Si el matrimonio es el horizonte a partir del que se evalúan si las relaciones actuales son o no de “amor”, la fidelidad y la duración de la pareja resultan variables definitorias en los modos en que los jóvenes clasifican las relaciones. La fidelidad aparece como condición *sine qua non* para un noviazgo juvenil. En este sentido, las y los jóvenes consideran que sus relaciones pueden ser clasificadas como “amor”, pero califican dicho sentimiento como “adolescente”, es decir, un amor que puede llegar a durar sólo unos meses y que muchas veces finaliza porque alguno de los dos es infiel.

¹⁴ El término “Susanitas” refiere a un personaje de la historieta “Mafalda”. Ella es la amiga del personaje principal y es una niña que anhela la familia “tipo”, el matrimonio, el amor eterno y reproduce patrones “tradicionales” por decirlo de algún modo.

¹⁵ El término “Piratas” es usado entre los jóvenes para referirse a los hombres que están con varias mujeres a la vez y suelen ser infieles.

Consideraciones finales

A lo largo de esta tesis, analicé el cortejo entre jóvenes heterosexuales de sectores medios en la actualidad, prestando especial atención a los condicionamientos que operan en él. El análisis presentado se centró en los discursos de los jóvenes, a partir del que busqué reconstruir los modos en que los entrevistados otorgan sentido a sus prácticas en relación al cortejo y, en particular, las normas que lo regulan. Lo dicho por los entrevistados refiere de manera más explícita a aquello que consideran “aceptable”, a lo que puede decirse frente a un adulto y, en este sentido, hablan más de las normas que de las prácticas en sí. Este material resulta de especial interés para indagar las formas en que las jerarquías sexuales operan entre los jóvenes, condicionando su comportamiento.

En particular, mostré cómo ciertos estereotipos de género y clase funcionan como horizontes reguladores en las interacciones con otros jóvenes, tanto cara a cara, como en el mundo virtual. A pesar de que en los últimos años se ha visibilizado y legitimado la diversidad sexual y se han relegado ciertas normas, las figuras de la “puta” y el “maricón” continúan modelando la conducta de los jóvenes. Las jerarquías sexuales condicionan el modo en que los jóvenes evalúan a sus pares y condicionan las propias prácticas a partir de la “reputación” y el “chisme” como mecanismos de control.

En el funcionamiento de dichas normativas, existe una fuerte desigualdad de género. Las normativas son más estrictas para las mujeres. En tanto se espera que las mujeres mantengan una actitud pasiva, a los varones les corresponde tomar la iniciativa para un primer encuentro. Por otro lado, el estereotipo indica que las jóvenes siempre deben querer una relación formal. En cambio, entre los varones, la norma indica que se deber tener un alto número de conquistas sexuales, con ciertas características particulares (en las que distintos atributos asociados a la clase social tienen un fuerte peso).

Ahora bien, a pesar de estas diferencias, tanto unos como otras sienten la presión que implican los papeles asignados socialmente en relación al género. En este sentido,

existen algunas diferencias respecto de lo observado para los jóvenes de sectores populares. Así, mientras otras investigaciones señalaron que en esos grupos existen ciertos cuestionamientos a los papeles asignados para cada género, en especial entre las mujeres, entre mis entrevistadas esos papeles tienden a ser aceptados sin cuestionamientos. En cambio, si los jóvenes varones de sectores populares se sienten amenazados por la “liberación” sexual femenina, entre mis entrevistados, encontré una mirada más ambivalente: por un lado, desearían que las mujeres tuvieran más iniciativa en los encuentros amorosos/ sexuales, y, por otra parte, caratulan a aquellas que efectivamente la tienen como “putas”.

A lo largo de la tesis, también analicé los espacios de sociabilidad en los que se producen los encuentros entre los jóvenes. Dichos espacios permiten graduar la “formalidad” de las relaciones, así como establecer ciertas pautas de homogamia social. Tanto en los espacios virtuales, como en espacios cara a cara, los jóvenes seleccionan a su pareja en base a atributos físicos, definidos en base a su sector social. La vestimenta, los lugares de sociabilidad y sus gustos musicales son definitorios a la hora de elegir comenzar una relación con un joven.

Asimismo, existen tanto diferencias como similitudes entre los encuentros cara a cara y las interacciones en el mundo virtual. En este sentido, algunas dinámicas de la interacción cara a cara continúan reproduciéndose en el escenario virtual. En particular, los estereotipos de la “puta” y el “maricón” también operan en las interacciones a través de las redes sociales, del mismo modo que los elementos de distinción vinculados a la clase social. Sin embargo, el mundo virtual también es el espacio de algunas novedades. Las interacciones se producen allí con mayor facilidad, sobre todo para los jóvenes tímidos y para las mujeres, que pueden tener un mayor nivel de agencia en el cortejo sin ser juzgadas. A pesar de ello, la mayoría de mis entrevistados prefieren las interacciones cara a cara y prevalecen esa vía de comunicación en el cortejo.

Por otro lado, los jóvenes entrevistados tipifican a sus relaciones como un “amor adolescente” con características más flexibles que las de un amor adulto. Para definir el amor, sin embargo, retoman características del “amor romántico”, en el que la monogamia, la heterosexualidad y el matrimonio son definitorios. A la hora de entablar una relación de noviazgo, lo definen en base a sus experiencias y compromisos. Resulta interesante señalar que el matrimonio, que ven como un acontecimiento lejano en sus vidas, es, de todos modos, el horizonte a partir del que evalúan y caracterizan sus relaciones amorosas presentes.

A pesar de los discursos que sostienen que en la actualidad existe mayor libertad en el amor, a lo largo de la tesis mostré que la elección de pareja continúa siendo restringida por múltiples condicionantes, incluso entre los jóvenes.

Bibliografía:

- Acha, O. y Ben, P. (2006). Amoraless, patoteros, chongos y pitucos. La Homosexualidad masculina durante el primer peronismo (Buenos Aires 1943-1955), *Trabajos y Comunicaciones*, N. 30-31.
- Adamovsky, E. (2009). *Historia de la clase media Argentina*. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003, Buenos Aires, Planeta.
- Albarello, F.J. (2004). *La brecha digital y su abordaje educativo*. En 3º Congreso de comunicadores. Foro VI Espacios de Comunicación alternativa y nuevas tecnología.
- Arango, L. (2005). ¿Tiene sexo la sociología? Consideraciones en torno a la categoría de género, *Revista Sociedad y Economía*, N.8.
- Arfuch, L. (1995). *La entrevista, una invención dialógica*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Ariès, P. (1960). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid, Taurus.
- Barraket, J. (2008). Getting it on (line): *Sociological perspectives on e-dating*, *Journal of Sociology*, N. 44.
- Barrancos, D. (2001). *Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras* en Fernando Devoto y Marta Madero (directores), *Historia de la vida privada en la Argentina*, V.3, Buenos Aires, Taurus.
- Barrancos, D. (2007). *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Barrón López, S. (2008). Investigación empírica y teoría feminista en los estudios familiares: una síntesis extramuros, *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, N.15.
- Bauman, Z. (2005). *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. México D.F, Fondo de Cultura Económica.

- Beck, U. & Beck-Gernsheim, E. (1998). *El normal caos del amor, las nuevas formas de la relación amorosa*. Londres, Sage.
- Béjar, H. (1990). *El ámbito íntimo, Privacidad, individualismo y modernidad*. España, Editorial Alianza.
- Bourdieu, P. (1968). *El oficio del sociólogo*. España, Editorial Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (1979). *La distinción*. Madrid, Taurus.
- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama.
- Butler, J. (2001). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona, Paidós.
- Castells, M. (2002). *La era de la Información, Vol.II: El poder de la identidad*. México, Siglo XXI Editores.
- Connell, R. (1995). *La organización de la masculinidad*. Chile, FLACSO.
- Coontz, S. (2005). *Marriage, a story from obedience to intimacy or how love conquered marriage*, Washington, Penguin Group.
- Coontz, S. (1992). *The Way We Never Were: American Families and the Nostalgia Trap*, New York, Basic Books.
- Cosse, I. (2010) *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta en Buenos Aires*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Cosse, I., Felitti, K. y Manzano, V. (eds.) (2010), *Los '60 de otra manera: vida cotidiana, género y sexualidades en Argentina*. Buenos Aires, Prometeo.
- Dalmaso, M. (2010). Subjetividad y socialidad en los fotologs. Juventud y nuevas formas de experiencias: la escritura hecha imagen. *Aposta Revista de Cs. Sociales*, 48.
- Davidoff, L. y Hall, C. (1987). *Family Fortunes*. Chicago: Chicago University Press.
- Decca L. (2012). *Jóvenes y tecnologías educativas*. La Plata, Revista Argentina de Estudios de Juventud.
- Delgado, L. (2013). *Acceso, consumo y comportamiento de los adolescentes en Internet*, Buenos Aires, UNICEF.

- Demetriou, D. Z. (2001). *Connell's concept of hegemonic masculinity: A critique*. Londres.
- Elias, N. (1982). *La sociedad cortesana*. México, FCE.
- Felitti, K. (2000). *El placer de elegir: anticoncepción y liberación sexual en los 60's, Historia de las mujeres en Argentina*, p. 154-171, Buenos Aires, Siglo XX.
- Fernández, J.; D'Uva M. y Viturro, P. (comps). (2003). *Cuerpos Ineludibles. Un diálogo a partir de las sexualidades en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Ají de Pollo.
- Figari, C. y Scribano, A. (comps.) (2009). *Cuerpos, subjetividades y conflictos: hacia una sociología*. Buenos Aires: Fundación Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad – CICCUS.
- Fisher, H. E. (1992). *Anatomía del amor. Historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio*, Barcelona, Anagrama.
- Flandrin, J. (1979). *Orígenes de la familia moderna*. Barcelona, Crítica.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la sexualidad, 1: La voluntad de saber*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Foucault, M. (2000). *Los Anormales*, Buenos Aires, Ed Fondo de Cultura Económica.
- Franco, N. (2012). *Encuesta de Consumo Digital en Colombia*, Colombia, IPSAS.
- Garfinkel, H. (1967). *Studies in ethnomethodology*. Englewood Cliff, NJ: Prentice-Hall.
- Giddens, A. (1991). *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona, Paidós.
- Giddens, A. (1992), *La Transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, trad. de Benito Herrero Amaro, Madrid, Cátedra.
- Gil Juarez, A., Vitores, A. (2011). Brecha digital de género: una revisión y propuesta, *Revista TESI*, Barcelona, N.2.
- Goffman, E. (1981). *Interaction Ritual: Essays on Face-to-Face Behavior*. Estados Unidos, Anchor Books.

- Gogna, M. (2005). *Estado del arte: investigación sobre sexualidad y derechos en Argentina: 1900-2002*, Buenos Aires, CEDES.
- Gómez Rojas, G. (2007). ¿Cómo se constituyen las parejas?: Entre las diversas formas del amor y los límites de la clase social, en: *Revista Científica de UCES*, N.2.
- Guasch, A.M. (2000). *El arte último del siglo XX*, del posminimalismo a lo multicultural, 1°ed., Madrid, Ed. Alianza Forma.
- Gutmann, M. (2000). *Ser hombre en la ciudad de México, ni macho ni mandilón*, México, El colegio de México.
- Heilborn, M. L.; Cabral, C. y Bozon, M. (2006). Valores sobre sexualidade e elenco de práticas: tensões entre modernização diferencial e lógicas tradicionais. En Heilborn, M. L. et al. (orgs.), *O aprendizado da sexualidade: Reprodução e Trajetórias Sociais de Jovens Brasileiros*, Fiocruz, Rio de Janeiro, Brazil, pp. 207-266.
- Heritage, J. (1984). *A change-of-state token and aspects of its sequential placement*. En J. M. Atkinson & J. Heritage (Ed.). *Structures of Social action*. Cambridge, UK: Cambridge University Press, pags. 299-345.
- Illouz, E. (2012). *Por qué duele el amor?* .Buenos Aires, Ediciones Katz.
- Illouz, E. y Finkelmann, S. (2009). An old and inseparable couple: emotion and rationality in partner selection, *Theory and society*, N.38.
- Jelin, E. (1998), *Pan y afectos: la transformación de las familias*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Jones, D. (2010). *Sexualidades Adolescentes*. Argentina, CLACSO.
- Jorrat, J. (1999). Niveles de educación y diferenciales sociales en logros educacionales con consideraciones sobre homogamia educacional en la selección de pareja. *Sociedad*, N.16.
- Kaufmann, J. (1999). La ropa sucia, en Ulrich Beck (comp.), *Hijos de la libertad*, pp. 211-246, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

- Kertzer, D. y Barbagli, M. (2003). *La vida familiar desde la Revolución Francés hasta la primera Guerra Mundial (1789-1913)*. Barcelona, Paidós.
- LaRossa, R. (1997). *The Modernization of Fatherhood: A Social and Political History*, Chicago, University of Chicago Press.
- Levi, G. (1985). *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo XVII*. Madrid, Nerea.
- Lipovetsky, G. (2000). *La tercera mujer*. Barcelona, Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2003). *La era del vacío: Ensayo sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona, Ed. Anagrama.
- Luhmann, N. (2000). *La realidad de los medios de masas*. Barcelona, Anthropos.
- MacFarlane, A. (1986). *Marriage and Love in England 1300-1840*. Oxford, Blackwell.
- Manzano, V. (2009). The blue jean generation: youth, gender, and sexuality in Buenos Aires, 1958-1975, *Journal of Social History*, Fairfax, N. 42.
- Manzano, V. (2010). Juventud y modernización sociocultural en la Argentina de los años sesenta, *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, N.50.
- Margulis, M. y Urresti, M. (2007). *Familia, hábitat y sexualidad en Buenos Aires*. Buenos Aires, Ed. Biblos.
- Meccia, E. (2006). *La cuestión gay: un estudio sociológico*. Buenos Aires, Argentina: Gran Aldea.
- Mendes Diz, A. M. y Schwarz, P. (2008). El inicio sexual vivido como coerción. en *Revista virtual: El Sigma*. Consultado en: www.elsigma.com.
- Mintz, S. y Kellogg, S. (1988). *Domestic Revolutions. A Social History of American Family Life*, Londres, The Free Press.
- Najmias, C.; Fraga, C.; Agüero, S. ; Alegría, D.; Ghiglione, M. y Ghirimoldi, F. Perea, C. y Plotno, G. y Rodríguez, S. (2007). "Problemas de validez en investigaciones que utilizan metodologías cualitativas", en Sautu, R. (comp.), *Práctica de la investigación*

cuantitativa y cualitativa: Articulación entre la teoría, los métodos y las técnicas, Buenos Aires, Lumiere.

- Nari, M. (2004). *Las políticas de la maternidad y maternalismo político*, Buenos Aires, Biblos.
- Navarro, M. y Stimpson, C. (1999). *Sexualidad, género y roles sexuales*, Buenos Aires, FCE.
- Necchi, S.; Schufer, M. y Méndez Ribas, J. (2000). "Adolescentes de la Ciudad de Buenos Aires: su paso hacia la vida sexual adulta." En Pantelides, E. y Bott, S. (eds.), *Reproducción, salud y sexualidad en América Latina*, Buenos Aires, Biblos y OMS.
- Neves, Antunes das, A. (2007). As mulheres e os discursos genderizados sobre o amor: a caminho do "amor confluyente" ou o retorno ao mito do "amor romântico." En *Rev. Estud. Fem.* [online].vol.15, N.3.
- Pahl, J. (1983), The Allocation of Money and the Structuring of Inequality within Marriage. En *Sociological Review*, N. 31.
- Pantelides, E. A. y Manzelli H. (2003). Investigación reciente sobre sexualidad y salud reproductiva de las/los adolescentes en América Latina: qué hemos alcanzado, qué falta hacer, cuáles son nuestras falencias. En: C,Cáceres, C,Cueto, M,Ramos y S,Vallenas (coords.), *La salud como derecho ciudadano. Perspectivas y propuestas desde América Latina*. Lima, Perú: International Forum for Social Sciences in Health, Universidad Peruana Cayetano Heredia- Fondo Editorial, Redes Jóvenes, pp.73-87.
- Parsons, T. (1977). *El sistema de las sociedades modernas*. México, Trillas.
- Parsons, T. y Bales, R.F. (1966). *Family, Socialization, and Interaction*, London, Routledge.
- Pecheny, M. (2013). Las políticas públicas y sexualidades. En *Revista de Ciencias Sociales*, N.83.
- Peruga, M. (1998). *Amor, Matrimonio y familia (La construcción histórica de la familia moderna)*. Madrid, Editorial Síntesis.

- Pichardo Galán, J.I. (2009). *Adolescentes ante la diversidad sexual, Homofobia en los centros educativos*, Universidad Complutense de Madrid, Ed Catarata.
- Pini, M., Musanti, S., Kaufman, G., y Amaré, M. (2012). *Consumos culturales digitales: Jóvenes argentinos de 13 a 18 años*, Buenos Aires, Ministerio de Educación de la Nación.
- Remondino, G. (2007). “¿Y qué pasó con el cyber? Recorriendo algunos modos de apropiación de las TICs” presentado en *1º Reunión Nacional de Investigadores en Juventudes*, La Plata, Junio 2007.
- Ricoeur, P. (1982) *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales*. Madrid, Tecnos.
- Rodríguez, S. (2011). Pautas de homogamia socio-ocupacional (de clase) en Argentina: 2007-2008, en *Trabajo y Sociedad*, Santiago del Estero, N.18.
- Rubin, G. (1986). *El tráfico de mujeres: Notas sobre la "economía política" del sexo*. México, Nueva Antropología.
- Rustoyburu, C. (2011). *Niñ@s y sexualidad. Un análisis histórico de los discursos sobre las hormonas en Argentina en 1930*, en I. COSSE, C. VILLALTA, V. LLOBET y C. ZAPIOLA (Comp.) *Infancias: políticas y saberes en Argentina y Brasil*, Buenos Aires, Teseo.
- Salessi, J. (1995). *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la Nación Argentina (Buenos Aires: 1871-1914)*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.
- Sarlo, B. (1985). *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina, 1917-1927*. Argentina, Grupo Editorial Norma.
- Sautu, R. (2001). *La trastienda de la investigación*. Buenos Aires, Lumiere.
- Schwarz, P. y Mendes Diz, A. (comp.) (2013). *Sexualidades, género y otras relaciones políticas en el espacio virtual: oportunidades, desafíos y nuevas sociabilidades*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (Documentos de Trabajo 68), ISBN 978-950-29-1440-4.

- Scott, J. (2009). “El género como categoría para análisis histórico”, *American Historical Review*, N°91.
- Scribano, A. (2013). *Teoría Social, cuerpos y emociones*, Ed Estudios Sociológicos, Córdoba.
- Segalen, M. (2013). *Sociología de la familia*. Mar del Plata, Eudem.
- Semán, P. y Vila, P. (2011). *Cumbia, Nación y género en Latinoamérica*, Buenos Aires, Editorial Gorla.
- Shorter, E. (1975). *El nacimiento de la familia moderna*. Nueva York, Basic Books.
- Silba, M. (2010). *La cumbia en Argentina. Origen social, públicos populares y difusión masiva en Cumbia. Raza, nación, etnia y género en Latinoamérica*, Buenos Aires, Gorla, p. 247 – 296.
- Simmel, G. (2000). *El conflicto de la cultura moderna* en *Revista Española de Investigaciones sociológicas*, N.89.
- Spigel, L. (2008). *Making room for tv*, EEUU, University of Chicago Press.
- Stone, L. (1984). *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra 1500-1800*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Torrado, S. (2003). *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- Tyler May, E. (1988). *Homeward Bound: American Families in the Cold War Era*, Estados Unidos, Basic Book.
- Urresti, M. (2008). *Ciberculturas juveniles. Los jóvenes, sus prácticas y representaciones en la era de Internet*, Buenos Aires, La crujía Ediciones.
- Vásquez Del Águila, E. (2000). *El placer sexual masculino: masculinidades y sexualidades en los relatos de vida de varones adultos jóvenes de clase media de Buenos Aires*. Tesis de maestría en Ciencias Sociales y Salud. FLACSO-CEDES, Buenos Aires.

- Vespucci, G. (2011). Explorando el intrincado triangulo conceptual: homosexualidad, familia y liberación en FLH, Bogotá, *Revista Historia Crítica de la Universidad de los Andes*, p.174-197.
- Vila, Alejandro (2007). *Cuerpo, sexualidad y socialización: intervenciones Investigaciones en salud y educación*, Buenos Aires, Noveduc.
- Wacjman, J. (2000). *The Social Shaping of Technology* (with Donald MacKenzie). Oxford, Open University Press.
- Wainerman, C. y Geldstein, R. (2005). *Viviendo en familia: ayer y hoy*, en Wainerman, C. (comp.) *Vivir en familia*, Buenos Aires, Losada.
- Wainnerman, C. (2003). *Familia, trabajo y género*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Weiss, J. (2000). *To Have and to Hold: Marriage, the Baby Boom, and Social Change*, Estados Unidos, University of Chicago Press.
- Williams, R. (1974). *Televisión: Technology and Cultural Form*. Londres, Fontana.